



...o el fin de la naturaleza humana

Castilla y Le3n

Pensando en la propuesta de esta Olimpiada, en si es posible a3n contribuci3n alguna a la cuesti3n de la naturaleza humana, este chiste de Forges me hizo una sugerencia en apariencia desenfadada: “eso es lo que no puede funcionar bien nunca”. Y ¿qu3 significa tal afirmaci3n? Viniendo de un humorista gr3fico no parece que sea dif3cil de entender. Es suficiente con hojear los diarios. Si clasific3semos como buenas o malas todas las noticias que aparecen en ellos, creo que pocos dud3r3amos de que ganar3an por abrumadora mayor3a las que llamamos malas noticias: asesinatos, guerras, robos, maltratos... As3 pues estar3amos de acuerdo con Forges: “Menuda chorrada es el ser humano”.

Pero somos humanos, curiosos, y surge la pregunta: ¿Por qu3 no funcionamos bien? ¿D3nde est3 el defecto de nuestro dise3o?

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

De entrada hay que decir que el verbo funcionar no parece adecuado para calificar al ser humano, puesto que se aplica sobre todo a artefactos (aquello hecho con arte, es decir, fabricado). No obstante es una buena analogía: un artefacto (o un ser vivo según admite el propio diccionario de la R.A.E.) funciona bien cuando realiza su función; por tanto funciona mal cuando no lo hace, es decir, cuando no hace aquello que tiene que hacer. ¿Y qué tiene que hacer un ser humano? O formulado filosóficamente ¿Qué significa *comportarse bien*? Pues ahí comienzan los problemas: no parece que lo tengamos claro. Para nuestra época, habría que matizar: no nos ponemos de acuerdo en lo que tenemos que hacer.

Para los recién llegados a la filosofía, estamos en el plano de la acción (ética y política, diría Aristóteles); no obstante, la analogía sigue teniendo sentido al acercarnos a la raíz del problema, entre la metafísica y la epistemología: si no se hace lo que se tiene que hacer, o si no se sabe (pues más bien parece este el caso), ¿no implica ello alguna inconsistencia en nuestra naturaleza original, en nuestra esencia? Pongamos un ejemplo que lo simplifique.

¿Os imagináis lo raro que resultaría un ratón parlante, que riera, llorara, amara, que jugara al fútbol...? ¡Pues claro, hay multitud de ejemplos!, diréis. Debido al proceso de antropomorfización de la realidad que hemos realizado tenemos a Mickey, Stuart Little y otros varios, como bien sabemos los que tenemos niños pequeños. Pero más allá de la ficción, no nos resultarían más que graciosos ¿desconcertantes? En todo caso no harían lo que tienen que hacer y de ahí deduciríamos que no son lo que tienen que ser¹. En otras palabras, volviendo a nuestro tema, el problema radical del hombre es su propia naturaleza, que no se conoce a sí mismo (no ha tenido el gusto de presentarse).

Dicha falta se manifiesta en que es precisamente la única entidad que se autocuestiona, la única criatura que se pregunta por su propia naturaleza. No imaginamos “bicho” vivo alguno preguntándose quién es. No hay nada en el universo, natural o artificial, que haga algo parecido, al menos que sepamos. Una máquina electrónica procesadora de información de última generación, a pesar de realizar tareas intelectuales tradicionalmente reservadas al ser humano no se hace esta pregunta; simplemente funciona o no (correctamente). ¿Y un supuesto Dios?, ese Dios “barbudo” de Forges, ¿tiene dudas sobre quién es? ¡Dios es perfecto!, afirma la teología, luego ha

¹ En el clásico programa de divulgación científica Redes, en una reposición de hace un par de meses, Dennet un reputado filósofo norteamericano, afirmaba precisamente que “un león que hablara no sería un león”.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

de saber quién es. Por tanto, la pregunta por la propia naturaleza (humana) pertenece a nuestra idiosincrasia y es nuestro exclusivo defecto.

Pero que la pregunta siga en pie no significa que no nos hayamos respondido. De hecho nuestro mal funcionamiento a día de hoy (como ya hemos insinuado) no se debe tanto a que no tengamos respuestas como a que tenemos demasiadas, algunas de ellas incompatibles, pudiendo dar lugar, como enseguida veremos, a graves “disfunciones”. Para aclarar esta circunstancia, hagamos antes un breve repaso a las respuestas que hemos pensado.

Comenzamos por considerarnos una criatura inferior a Dios, aunque superior a todas las demás, la criatura elegida, como sigue diciendo aún hoy la religión. Sin embargo, a medida que indagábamos a nuestro alrededor, paradójicamente nos fuimos sintiendo menos especiales: nuestro mundo se manifestó semejante a otros mundos (cuando la Tierra se convirtió en un planeta más con Copérnico); nos descubrimos mucho más cercanos a los demás seres vivos (desde Darwin); incluso nuestra composición físico-química no es fundamentalmente diferente del resto de la materia (la vida, y dentro de ella la humana, no alberga elementos drásticamente exclusivos). Así hoy tenemos dificultades para citar algo que, sin matices, nos distinga; ni siquiera el lenguaje, el pensamiento, la conciencia o el comportamiento moral², aunque es cierto que todas estas diferencias se inscriben en el que parece reducto último de nuestra exclusiva naturaleza, el cerebro humano, la entidad más compleja con que nos hemos topado. Sin embargo, a pesar de él, no hemos averiguado lo que esperábamos y aún algunos esperan: una diferencia especial y delimitadora. El debate ha cambiado radicalmente. Me atrevería a decir que la naturaleza humana se ha ido devaluando, limitándose hoy a la siguiente cuestión que podríamos llamar menor: ¿posee el ser humano alguna característica, sin matices, exclusiva?. De sentirnos diferentes y especiales queriendo saber por qué a sentirnos in-diferentes y querer sabernos diferentes. La pregunta se vuelve hasta capciosa.

Permitidme hacer un paréntesis para no perder parte de la audiencia. Soy consciente de que estas reflexiones aún siendo filosóficas, y sin eludir la religión, finalmente están vertebradas por los avances científicos. Expresado en otros términos, partimos de la premisa de que “ser humano” es pertenecer a la especie “Homo sapiens-sapiens”. No

² Si no es así, ¿cómo explicar el proyecto Great Ape (Gran simio en español) o la lucha de algunos intelectuales en favor del reconocimiento de algunos derechos básicos para los simios más cercanos a nosotros?.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

obstante, seguro que alguien en la sala, y mucha gente fuera de ella, pensará que es una visión sesgada, pues hoy, de nuevo, retorna una visión religiosa, que rechaza por inadecuadas, o minimiza, las aportaciones científicas a tal cuestión³. Ante tal posible crítica he de matizar que no se está optando aquí por una actitud completamente materialista o exclusivamente natural del ser humano como se verá enseguida; al contrario, sería insuficiente una explicación que no contuviera lo “espiritual” o aquello que está más allá de la pura física⁴. Pero por otro lado supondría un retroceso respecto a nuestro autoconocimiento, una explicación filosófica que ignorara los hitos fundamentales y los últimos descubrimientos científicos relacionados con la especie. Si estoy equivocado, en todo caso tal discrepancia es una muestra más de lo que venimos diciendo: no tenemos una idea consensuada de nuestra naturaleza, lo cual, dicho sea de paso, sería hasta enriquecedor si no fuera porque algunos son capaces de aniquilar para imponer una concepción exclusiva. Nuestro funcionamiento a veces es pésimo. Fin del paréntesis.

Por tanto, decíamos, no parece razonable seguir tal reflexión sin las aportaciones de la ciencia. Insisto en que es incuestionable lo que nos ha aportado acerca de nuestra naturaleza. Permitidme algunos detalles, conocidos pero no por ello obvios en su significado. Hemos avanzado muchísimo en el conocimiento de nuestro organismo (cuerpo): somos capaces ya de reemplazar órganos fundamentales (el corazón, el hígado, brazos, manos...) incluso algo tan personal como la cara, reflejo de nuestros sentimientos y emociones, “el espejo del alma” del que habla el dicho popular. Es cierto que todavía estamos lejos de poder trasplantar un cerebro, pero ya somos capaces de “leerlo” parcialmente⁵. Somos capaces de producir un congénere en una probeta, y estamos a un paso de conseguir réplicas humanas a partir de una célula humana cualquiera. Donde no son posibles los trasplantes dominamos la tecnología de tal forma que podemos sustituirlos por ingenios artificiales: marcapasos, piezas óseas de titanio,

³ Estuvo de actualidad a principios de año la llegada de la teoría del “Diseño Inteligente” a nuestras universidades, procedente de corrientes creacionistas muy extendidas en EEUU.

⁴ Incluso desde el ámbito de la ciencia biológica más materialista, se admite la religiosidad como parte de la naturaleza humana pues así lo han revelado varios experimentos de neurobiología. No obstante afirman que es resultado de la evolución y que está inscrita biológicamente en el cerebro. Véase por ejemplo Neurocultura de Francisco Mora. Alianza, Madrid, 2007.

⁵ “Hoy ya es posible saber, utilizando registros de resonancia magnética funcional muy sensibles, si una persona está pensando, por ejemplo, en personas y caras o en casas y edificios. Y también se puede conocer, con cierta aproximación muy significativa, si esas caras o esos edificios le gustan o le disgustan (...) Y esto sólo en lo referente al sistema sensorial. En lo referente al sistema motor ya conocíamos, con sólo mirar los registros de imagen del cerebro, qué parte del cuerpo está moviendo un individuo e incluso qué dedo de la mano y si es de la derecha o la izquierda.” Mora, F. Neurociencia (p.100).

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

miembros biónicos, sentidos artificiales (vista, oído...)⁶. Es tal el conocimiento que tenemos que existen ya androides que replican artificialmente varias de las funciones humanas: los propios sentidos, el bipedismo, las expresiones faciales (tristeza, alegría...) habiendo sido algunas de ellas ya superadas, cuando se suponían exclusivas. Existen ordenadores capaces de efectuar cálculos matemáticos más complejos de los que puede resolver la mayoría de los seres humanos y mucho más rápidamente⁷. En los últimos años, hemos desentrañado el cerebro más de lo que parece: conocemos ya los fundamentos neurobiológicos de algunas emociones humanas decisivas, la agresividad o el placer⁸ entre otras; en definitiva, estamos “tocando” lo intangible, el alma humana. No parece descabellado señalar que sabemos mucho de nosotros mismos por lo que en comparación es extraño que, según dice Forges, funcionemos bastante mal. Como solemos decir a nuestros alumnos de primero de bachillerato, parece que el progreso científico-técnico no ha ido acompañado por su correspondiente progreso moral y quizás tampoco político⁹.

Una vez más hemos de plantearnos el porqué. ¿A qué se debe que no haya habido ese progreso moral-político? Desde la ciencia la respuesta es clara: en dichos ámbitos aún no ha habido suficiente progreso científico. Lo mismo dicen algunos filósofos. J. A. Marina en su famoso Prólogo para linceos¹⁰ (al menos para los profes de secundaria) tras superponer la importancia de la ética a las matemáticas o la física escribe sobre ella:

⁶ En el momento de tener que entregar este escrito aparece un reportaje en “El País” (17-02-08) titulado “Homo biónicas. La próxima evolución” donde se hace un repaso de los últimos y espectaculares avances en este campo.

⁷ En 1997, hace ya diez años, Deep Blue derrotó al campeón del mundo de ajedrez, Kasparov. ¿Tendrá relevancia histórica tal hecho en un futuro?.

⁸ Sin entrar en detalles, está admitida ya la importancia del neurotransmisor dopamina en la sensación de bienestar y la fenitilamina, también llamada molécula del amor, en los enamoramientos. Asimismo hay una relación directa de la oxitocina con la ternura y las relaciones sociales duraderas.

⁹ A pesar de la universalización de la democracia, que podría ser argüido como prueba de progreso moral-político, o los derechos humanos, dos guerras mundiales en el siglo XX y millones de muertos comprometen seriamente tal optimismo y parecen prueba clara de un “funcionamiento defectuoso”.

¹⁰ Perspectivas: Vida moral y reflexión ética Varios autores, Laberinto, Madrid, 1996. Por contra, por citar otro autor relevante, Fernando Savater, a pesar de que no es su terreno preferido, parece no compartir estas ideas a juzgar por un reciente artículo de “El País” (07-02-08). Cito: “*Cierta tendencia cientifista -que no científica- contemporánea aspira a relativizar todas aquellas apreciaciones éticas que no pueden ser sustentadas en fundamentos biológicos o neurológicos de nuestra especie. Incluso en ciertos casos, algunos epígonos poco perspicaces de la psicología evolutiva tratan de convencernos de lo inútil que es la indignación moral (o incluso, lo que es peor, la educación) frente a prácticas seculares como la violación o la agresividad contra el extraño, puesto que fueron estrategias útiles a la especie adquiridas definitivamente en los difíciles y largos eones de la Edad de Piedra.*” Savater incluso llega a defender a M. Sendel autor de Contra la perfección, libro muy crítico con la mejora genética del ser humano (eugenesia) a pesar de ser un autor afín a la religión, cuestión que sabemos bastante alejada del español.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

“No es un conocimiento sencillo, por eso es sólo apto para linceos. Es una ciencia de gran complejidad, que debe aprovechar los resultados de muchas otras ciencias. La ética debe saber cómo funciona la inteligencia humana, cuál es la textura de nuestros deseos y sentimientos,; averiguar los mecanismos de la acción voluntaria.”

Así pues, cuando descubramos las claves científicas de la ética y la política mejoraremos nuestro comportamiento y al mismo tiempo habremos completado nuestra naturaleza. Seremos capaces, entre otras cosas, de controlar la agresividad y fomentar el placer y ¿la felicidad?

El objetivo es por tanto claro y loable. De hecho disciplinas muy recientes como la neurología o la ingeniería genética empiezan a obtener resultados. Entre los nuestros, Francisco Mora, un importante científico, profesor en varias universidades, es uno de los muchos partidarios de esta tendencia. Permittedme citar un artículo de hace un par de años especialmente significativo. Afirmaba en él que en EEUU en algunos juicios, en particular a adolescentes, para su consideración moral se tienen ya en cuenta conocimientos procedentes de dicha disciplina. Y ello es propio de países civilizados, pues, por ejemplo, había ayudado a abolir la pena de muerte para los disminuidos psíquicos. Y afirma:

“Desde hace bastantes años vengo señalando que los conocimientos que proporciona la Neurociencia cambiarán la percepción que tenemos de nosotros mismos y todo cuanto nos rodea, incluyendo no sólo la sociología, psicología y filosofía sino el arte, la ética, la religión y también y desde luego la jurisprudencia. Ciertamente que en estos momentos los datos científicos no se pueden poner encima de la mesa para persuadir a los tribunales en ninguna dirección pero sí para proporcionarles conocimientos e información a considerar.”¹¹

Ni que decir tiene que está fuera de toda duda que los disminuidos psíquicos han de estar excluidos de cierta responsabilidad moral y que han de ser protegidos, pero ¿ha de fundamentarse prioritariamente en un conocimiento biológico, científico?. El propio

¹¹ Mora, Francisco en “El cultural” (20-01-05), suplemento de “El mundo”. Su libro ya citado, Neurocultura, desarrolla tal postura. “De hecho, permítanme el inciso, ya se podrían utilizar técnicas, de modo similar a como se hace con la medida del ADN o las huellas digitales, para demostrar no sólo si hay lesiones o patologías del cerebro, sino incluso para conocer los ocultamientos mentales de las personas en casos claros de su implicación en causas criminales. Esto último, sin embargo, encuentra enormes barreras legales en tanto que violaría los derechos que permiten a una persona no incriminarse o culpase a sí misma y, en cualquier caso, transgredir el derecho a la intimidad”. (p.28). Otro ensayista relevante, premio Espasa de ensayo, Luis Racionero en El progreso decadente del año 2000 también asume un planteamiento similar.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Francisco Mora inmediatamente antes del texto que os he leído escribía: “...aun cuando la ciencia debe siempre tenerse en cuenta es peligroso utilizarla para ayudar a establecer posicionamientos esencialmente morales”.

No dudo, no creo que nadie lo haga, que evitar un asesinato mediante la administración de tranquilizantes (conocimiento científico) sea incuestionable, como atajar la agresividad y la depresión de un individuo mediante fármacos o cirugía, o incluso seleccionar genéticamente un embrión para librarlo de una enfermedad genética incurable, pero y un posible control genético de la agresividad a nivel de especie ¿sigue siendo indiscutible? ¿Dónde está el límite?¹². Lo que aquí se plantea es que tal pregunta tiene ya más sentido del que parece. “La búsqueda científica del alma”¹³, un conocimiento radical de la base neurobiológica (cerebral) de la conducta, estaría más cerca de lo que creemos y con él la explicación última de nuestro comportamiento y el final de la ética y la política; en resumen, las piezas que completan la naturaleza humana y la causa primera de nuestro mal funcionamiento¹⁴. Pero si se alcanza tal objetivo, ¿no habremos perdido por el camino al ser humano? Más allá de cierto umbral, mejorar científicamente nuestro comportamiento ético-político ¿no conlleva una intromisión radical en la dignidad humana? Expresado de otra forma, si encontramos el sustrato

olimpiada filosófica

¹² En una entrevista en “El país” (1-10-2007) a Carlos Belmonte, director del Instituto de Neurociencias de Alicante éste afirmaba: “Los problemas éticos que plantea la capacidad de analizar la actividad del cerebro vinculada a conductas, o la capacidad de modular desde fuera esa actividad cerebral, de encender o apagar genes, la neuro-estimulación, son importantes. Se podría llegar a descubrir cómo es el cerebro de un maltratador, por ejemplo, y entonces ¿Estaría bien tratarle para que no llegue a serlo? ¿Hasta dónde podemos llegar? Se van a plantear debates muy serios, y vamos a una velocidad espeluznante.” En el cine “Alguien voló sobre el nido del cuco” o “La naranja mecánica” no son ya psicología-ficción. A modo de ejemplos, después de escribir esto, apareció otro artículo (23,01,08) en el que se menciona explícitamente un gen directamente relacionado con la violencia.

¹³ Título de un famoso libro de Crick, descubridor junto a Watson del ADN. “Lo que también está haciendo ya la neurociencia es ayudar a detectar aspectos funcionales del cerebro antes imposibles de detectar, que bien pudieran ser causa de ciertas conductas antisociales. Por ejemplo, imágenes funcionales del cerebro de muchas personas convictas de haber cometido un crimen sugieren que en estos individuos existe una disfunción de los lóbulos frontales y temporales. En tomografías por emisión de positrones (PET) se ha mostrado una clara asociación entre el metabolismo reducido en la corteza prefrontal y una historia de conducta violenta repetitiva, agresión y asesinato.” Mora, obra citada (p. 97).

¹⁴ Si se conocen las causas neurobiológicas de nuestro comportamiento, sabremos qué es el bien y el mal, la felicidad (ética) y la mejor forma de organizar el poder (política). Y podremos obtenerlos científicamente. Cito por lo elocuente, una vez más a F. Mora: “Y es que efectivamente, en su charla el profesor Morse refería a la neurociencia en tanto que ésta ya posee conocimientos acerca de cómo, en el cerebro, se organizan las acciones, cómo ciertas áreas cerebrales operan para organizar las emociones y los razonamientos éticos y cómo, además, se adentra en conocer la dinámica cerebral en relación con la culpabilidad, el control cognitivo y la intencionalidad.” (p. 96). Con una analogía informática que considero iluminadora: el software humano estaría consiguiendo controlar el hardware, y éste, a su vez, completaría el dominio del software.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

neurobiológico de conceptos éticos como la voluntad¹⁵ y podemos manipularla, ¿no estaremos desfigurando la libertad? Y si es así: ¿seguiremos siendo humanos?. ¿Diluir la libertad en física y química no implica erradicar nuestra naturaleza?.

Insisto, la tesis defendida aquí es que tal proceso puede haber comenzado, aunque nos falta perspectiva histórica para comprenderlo (los árboles no nos dejan ver el bosque)¹⁶. Quizás en alguno de los todavía denominados “avances” científicos (mejoras) aludidos en esta exposición hayamos cruzado la frontera; de forma quirúrgica, farmacológica, genética en definitiva tecnológica o artificialmente se habría producido un salto cualitativo. Y si esto es cierto, para centrarnos de nuevo ¿no sabemos ya qué nos hace humanos? Es evidente que no en la teoría, pues lo estamos discutiendo, pero si lo parece en la práctica. Esa es la forma de proceder de las ciencias “exactas”: no hay respuesta teórica, sino resultados; ¡funciona!. Si estamos en lo cierto, la pregunta por la naturaleza humana habría caducado y la interesante sería: ¿somos aún humanos? Desde otra perspectiva, en términos puramente biológico-evolutivos, que no excluye los filosóficos, ¿no ha habido ya cambios tan importantes como los que nos alejaron del Neandertal, al que consideramos no humano?.

Mi conjetura así es ésta: la ciencia domina ya al ser humano. Digo domina más que conoce, pues está bastante admitido que cuando la ciencia conoce, domina, lo cual dibuja un panorama inquietante. José Luis Pardo, un profe de la Facultad de Filosofía de la Complutense de Madrid, en un libro no relacionado directamente con esta cuestión, “*La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*” sugiere que:

“...el día en que la actividad de transformación técnica de la naturaleza –incluida la propia naturaleza humana –haya terminado, ese día ya no habrá hombres.”¹⁷

No quiero terminar sin volver al principio, a Borges, para concluir de forma pesimista pero no menos realista, que a pesar de las noticias que llenan los periódicos, dicho sea sin frivolidad, sospecho que no parece buena idea que la ética o la política acaben engullidas por las ciencias “naturales”. Más allá de cierto límite, no creo que nos

¹⁵ En palomas y en ratas, estas últimas mamíferos como nosotros, es decir, con una estructura cerebral análoga a pesar de las diferencias, se ha conseguido ya controlar su voluntad interviniendo directamente en su cerebro al ser capaces de dirigirlos hacia un objetivo específico predeterminado. (“El país”, 03-05-02 y 27-02-2007).

¹⁶ Algunos indicios. Antes hablábamos de derechos éticos para simios. Si es difícil de aceptar, más absurdo parecerá el código ético que Corea del Sur prepara para regular la relación entre robots y humanos (“El País”, 07,03,07). Y no digamos la inclusión de los robots dentro del árbol de la vida, a propuesta del artista portugués Leonel Moura (www.leonelmoura.com).

¹⁷ Pardo, José Luis. *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004. (p.434). Premio Nacional de ensayo 2005.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

ayuden a funcionar mejor o si fuera el caso no considero adecuado un perfeccionamiento ilimitado de nuestra conducta, lo cual no es nada original pues es un recelo común a utopías futuristas tanto literarias como de la gran pantalla: Walden dos, 1984, Matrix, Yo robot o el mismo Frankenstein¹⁸... Y no se dice esto desde una postura religiosa o un fundamentalismo anticientífico; ni siquiera desde el conservadurismo (neocon) tan de moda, o incluso desde un egoísmo antropocéntrico, sino para prevenir posibles atrocidades a nivel de especie¹⁹. Si las mejoras científicas llegan a suplantar a la ética y la política parecen factibles dos posibilidades: la superación de la especie o su autocontrol, ambas con cierto olor a totalitarismo-fascismo. Y ese sería el fin de la naturaleza humana, y también su final. Más que de nuestra naturaleza, de dónde venimos, es urgente plantearnos a dónde vamos, aunque soy realista (quiero decir pesimista) y dudo mucho que tal pregunta pueda encontrar algún eco en un mundo en el que tecnociencia, capitalismo y bienestar son indisolubles.

Ahora sí acabo, con un poco de humor si puede ser. Unas viñetas añadidas a la de Forges, (gracias a mi cuñada Ana), a modo de resumen y en tono tragicómico, porque

¹⁸ Aunque requeriría un estudio más serio, no parece casualidad que las utopías sociales antiguas sean optimistas (Platón, Bacon, Moro...) mientras que las actuales, con trasfondo científico, son profundamente pesimistas. Aunque no todas... *“En lo social, nuevas técnicas de registro e imagen cerebral están alcanzando cotas de alto calado, tanto como para desafiar principios básicos de convivencia social, como la privacidad y la intimidad del individuo. Imaginemos por un instante que fuéramos capaces de alcanzar técnicas que nos permitieran leer el pensamiento de los demás y predecir su conducta, tanto inmediata como futura. ¿A qué nos conduciría esto? ¿Qué ocurriría si todo el mundo pudiese sobrepasar las barreras de contención de nuestra corteza prefrontal y conocer el loco que todos llevamos dentro? Incluso aunque estas técnicas sólo se aplicaran en un juicio penal, ¿en qué casos se podrían aplicar contra la voluntad del inculpaado para saber si dice la verdad y emitir con ellos una sentencia acorde? ¿Podrían esos conocimientos cambiar nuestra actual concepción de la responsabilidad, en el caso de conductas antisociales? ¿Qué es ser normal? ¿Podríamos encontrar algún día patrones de actividad cerebral claros que diferenciaran, como dice Churchland, aquellos que están bajo control de aquellos que no lo están? Sin duda, sería de un valor inestimable para el derecho y la jurisprudencia. Dice Churchland: A largo plazo sospecho que seremos capaces de encontrar vías altamente sofisticadas para distinguir un cerebro que está bajo control y un cerebro que está fuera de control.”* Esta cita no es de “Un mundo feliz” (1932) de A. Huxley, ni de “Minority report” (2002, Steven Spielberg), sino del libro ya citado de Francisco Mora, (p.155) y sirve como complemento a la nota 10. A pesar de lo acertado de sus reflexiones, personalmente no puedo evitar cierto estremecimiento ante el optimismo de sus conclusiones, aunque el autor se distancia explícitamente del “mundo feliz” de Huxley (p.57).

¹⁹ El artículo ya citado de “El País” (nota 6) (17-02-08), termina con la siguiente reflexión de la periodista: *“¿Es eso mejorar la especie humana? ¿Habría que poner algún tipo de límite a todas estas mejoras? (como la no admisión de Pistorius en Pekín). Algunos, mirando lejos, han alertado de la posibilidad de que la especie humana se escinda: biónicos, frente a cien por cien orgánicos. Pero echen un vistazo a las prótesis que usan en la mayor parte del mundo los amputados por minas antipersona y compárenlas con las que se fabrican, por ejemplo, en el MIT. ¿Realmente hay que mirar tan lejos para ver una escisión en la especie?”*. Para más información sobre esta cuestión recomiendo la polémica Habermas-Sloterdijk a propósito de la conferencia de este último titulada “El parque humano” así como la obra de Jesús Mosterín La naturaleza humana y la de Fukuyama El fin del hombre: las consecuencias de la revolución tecnológica.

III Olimpiada filos3fica de Castilla y Le3n

como bien sabía Plat3n a veces un mito, una imagen, puede sugerir m3s que una detallada explicaci3n . Si adem3s va acompa3ada de la m3sica de Strauss (de su “Así habl3 Zaratustra”) no por casualidad banda sonora de “2001 Una odisea en el espacio” de Kubrick, mucho mejor.





...o el fin de la naturaleza humana

Pensando en la propuesta de esta Olimpiada, en si es posible a3n contribuci3n alguna a la cuesti3n de la naturaleza humana, este chiste de Forges me hizo una sugerencia en apariencia desenfadada: “eso es lo que no puede funcionar bien nunca”. Y ¿qu3 significa tal afirmaci3n? Viniendo de un humorista gr3fico no parece que sea dif3cil de entender. Es suficiente con hojear los diarios. Si clasific3semos como buenas o malas todas las noticias que aparecen en ellos, creo que pocos dud3r3amos de que ganar3an por abrumadora mayor3a las que llamamos malas noticias: asesinatos, guerras, robos,

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

maltratos... Así pues estaríamos de acuerdo con Forges: “Menuda chorrada es el ser humano”.

Pero somos humanos, curiosos, y surge la pregunta: ¿Por qué no funcionamos bien? ¿Dónde está el defecto de nuestro diseño?

De entrada hay que decir que el verbo funcionar no parece adecuado para calificar al ser humano, puesto que se aplica sobre todo a artefactos (aquello hecho con arte, es decir, fabricado). No obstante es una buena analogía: un artefacto (o un ser vivo según admite el propio diccionario de la R.A.E.) funciona bien cuando realiza su función; por tanto funciona mal cuando no lo hace, es decir, cuando no hace aquello que tiene que hacer. ¿Y qué tiene que hacer un ser humano? O formulado filosóficamente ¿Qué significa *comportarse bien*? Pues ahí comienzan los problemas: no parece que lo tengamos claro. Para nuestra época, habría que matizar: no nos ponemos de acuerdo en lo que tenemos que hacer.

Para los recién llegados a la filosofía, estamos en el plano de la acción (ética y política, diría Aristóteles); no obstante, la analogía sigue teniendo sentido al acercarnos a la raíz del problema, entre la metafísica y la epistemología: si no se hace lo que se tiene que hacer, o si no se sabe (pues más bien parece este el caso), ¿no implica ello alguna inconsistencia en nuestra naturaleza original, en nuestra esencia? Pongamos un ejemplo que lo simplifique.

¿Os imagináis lo raro que resultaría un ratón parlante, que riera, llorara, amara, que jugara al fútbol...? ¡Pues claro, hay multitud de ejemplos!, diréis. Debido al proceso de antropomorfización de la realidad que hemos realizado tenemos a Mickey, Stuart Little y otros varios, como bien sabemos los que tenemos niños pequeños. Pero más allá de la ficción, no nos resultarían más que graciosos ¿desconcertantes? En todo caso no harían lo que tienen que hacer y de ahí deduciríamos que no son lo que tienen que ser¹. En otras palabras, volviendo a nuestro tema, el problema radical del hombre es su propia naturaleza, que no se conoce a sí mismo (no ha tenido el gusto de presentarse).

Dicha falta se manifiesta en que es precisamente la única entidad que se autocuestiona, la única criatura que se pregunta por su propia naturaleza. No imaginamos “bicho” vivo alguno preguntándose quién es. No hay nada en el universo, natural o artificial, que haga algo parecido, al menos que sepamos. Una máquina

¹ En el clásico programa de divulgación científica Redes, en una reposición de hace un par de meses, Dennet un reputado filósofo norteamericano, afirmaba precisamente que “un león que hablara no sería un león”.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

electrónica procesadora de información de última generación, a pesar de realizar tareas intelectuales tradicionalmente reservadas al ser humano no se hace esta pregunta; simplemente funciona o no (correctamente). ¿Y un supuesto Dios?, ese Dios “barbudo” de Forges, ¿tiene dudas sobre quién es? ¡Dios es perfecto!, afirma la teología, luego ha de saber quién es. Por tanto, la pregunta por la propia naturaleza (humana) pertenece a nuestra idiosincrasia y es nuestro exclusivo defecto.

Pero que la pregunta siga en pie no significa que no nos hayamos respondido. De hecho nuestro mal funcionamiento a día de hoy (como ya hemos insinuado) no se debe tanto a que no tengamos respuestas como a que tenemos demasiadas, algunas de ellas incompatibles, pudiendo dar lugar, como enseguida veremos, a graves “disfunciones”. Para aclarar esta circunstancia, hagamos antes un breve repaso a las respuestas que hemos pensado.

Comenzamos por considerarnos una criatura inferior a Dios, aunque superior a todas las demás, la criatura elegida, como sigue diciendo aún hoy la religión. Sin embargo, a medida que indagábamos a nuestro alrededor, paradójicamente nos fuimos sintiendo menos especiales: nuestro mundo se manifestó semejante a otros mundos (cuando la Tierra se convirtió en un planeta más con Copérnico); nos descubrimos mucho más cercanos a los demás seres vivos (desde Darwin); incluso nuestra composición físico-química no es fundamentalmente diferente del resto de la materia (la vida, y dentro de ella la humana, no alberga elementos drásticamente exclusivos). Así hoy tenemos dificultades para citar algo que, sin matices, nos distinga; ni siquiera el lenguaje, el pensamiento, la conciencia o el comportamiento moral², aunque es cierto que todas estas diferencias se inscriben en el que parece reducto último de nuestra exclusiva naturaleza, el cerebro humano, la entidad más compleja con que nos hemos topado. Sin embargo, a pesar de él, no hemos averiguado lo que esperábamos y aún algunos esperan: una diferencia especial y delimitadora. El debate ha cambiado radicalmente. Me atrevería a decir que la naturaleza humana se ha ido devaluando, limitándose hoy a la siguiente cuestión que podríamos llamar menor: ¿posee el ser humano alguna característica, sin matices, exclusiva?. De sentirnos diferentes y especiales queriendo saber por qué a sentirnos in-diferentes y querer sabernos diferentes. La pregunta se vuelve hasta capciosa.

² Si no es así, ¿cómo explicar el proyecto Great Ape (Gran simio en español) o la lucha de algunos intelectuales en favor del reconocimiento de algunos derechos básicos para los simios más cercanos a nosotros?.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Permitidme hacer un paréntesis para no perder parte de la audiencia. Soy consciente de que estas reflexiones aún siendo filosóficas, y sin eludir la religión, finalmente están vertebradas por los avances científicos. Expresado en otros términos, partimos de la premisa de que “ser humano” es pertenecer a la especie “Homo sapiens-sapiens”. No obstante, seguro que alguien en la sala, y mucha gente fuera de ella, pensará que es una visión sesgada, pues hoy, de nuevo, retorna una visión religiosa, que rechaza por inadecuadas, o minimiza, las aportaciones científicas a tal cuestión³. Ante tal posible crítica he de matizar que no se está optando aquí por una actitud completamente materialista o exclusivamente natural del ser humano como se verá enseguida; al contrario, sería insuficiente una explicación que no contuviera lo “espiritual” o aquello que está más allá de la pura física⁴. Pero por otro lado supondría un retroceso respecto a nuestro autoconocimiento, una explicación filosófica que ignorara los hitos fundamentales y los últimos descubrimientos científicos relacionados con la especie. Si estoy equivocado, en todo caso tal discrepancia es una muestra más de lo que venimos diciendo: no tenemos una idea consensuada de nuestra naturaleza, lo cual, dicho sea de paso, sería hasta enriquecedor si no fuera porque algunos son capaces de aniquilar para imponer una concepción exclusiva. Nuestro funcionamiento a veces es pésimo. Fin del paréntesis.

Por tanto, decíamos, no parece razonable seguir tal reflexión sin las aportaciones de la ciencia. Insisto en que es incuestionable lo que nos ha aportado acerca de nuestra naturaleza. Permitidme algunos detalles, conocidos pero no por ello obvios en su significado. Hemos avanzado muchísimo en el conocimiento de nuestro organismo (cuerpo): somos capaces ya de reemplazar órganos fundamentales (el corazón, el hígado, brazos, manos...) incluso algo tan personal como la cara, reflejo de nuestros sentimientos y emociones, “el espejo del alma” del que habla el dicho popular. Es cierto que todavía estamos lejos de poder trasplantar un cerebro, pero ya somos capaces de “leerlo” parcialmente⁵. Somos capaces de producir un congénere en una probeta, y

³ Estuvo de actualidad a principios de año la llegada de la teoría del “Diseño Inteligente” a nuestras universidades, procedente de corrientes creacionistas muy extendidas en EEUU.

⁴ Incluso desde el ámbito de la ciencia biológica más materialista, se admite la religiosidad como parte de la naturaleza humana pues así lo han revelado varios experimentos de neurobiología. No obstante afirman que es resultado de la evolución y que está inscrita biológicamente en el cerebro. Véase por ejemplo Neurocultura de Francisco Mora. Alianza, Madrid, 2007.

⁵ *“Hoy ya es posible saber, utilizando registros de resonancia magnética funcional muy sensibles, si una persona está pensando, por ejemplo, en personas y caras o en casas y edificios. Y también se puede conocer, con cierta aproximación muy significativa, si esas caras o esos edificios le gustan o le disgustan*

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

estamos a un paso de conseguir réplicas humanas a partir de una célula humana cualquiera. Donde no son posibles los trasplantes dominamos la tecnología de tal forma que podemos sustituirlos por ingenios artificiales: marcapasos, piezas óseas de titanio, miembros biónicos, sentidos artificiales (vista, oído...) ⁶. Es tal el conocimiento que tenemos que existen ya androides que replican artificialmente varias de las funciones humanas: los propios sentidos, el bipedismo, las expresiones faciales (tristeza, alegría...) habiendo sido algunas de ellas ya superadas, cuando se suponían exclusivas. Existen ordenadores capaces de efectuar cálculos matemáticos más complejos de los que puede resolver la mayoría de los seres humanos y mucho más rápidamente ⁷. En los últimos años, hemos desentrañado el cerebro más de lo que parece: conocemos ya los fundamentos neurobiológicos de algunas emociones humanas decisivas, la agresividad o el placer ⁸ entre otras; en definitiva, estamos “tocando” lo intangible, el alma humana. No parece descabellado señalar que sabemos mucho de nosotros mismos por lo que en comparación es extraño que, según dice Forges, funcionemos bastante mal. Como solemos decir a nuestros alumnos de primero de bachillerato, parece que el progreso científico-técnico no ha ido acompañado por su correspondiente progreso moral y quizás tampoco político ⁹.

Una vez más hemos de plantearnos el porqué. ¿A qué se debe que no haya habido ese progreso moral-político? Desde la ciencia la respuesta es clara: en dichos ámbitos aún no ha habido suficiente progreso científico. Lo mismo dicen algunos filósofos. J. A. Marina en su famoso Prólogo para linceos ¹⁰ (al menos para los profes de secundaria) tras superponer la importancia de la ética a las matemáticas o la física escribe sobre ella:

(...) Y esto sólo en lo referente al sistema sensorial. En lo referente al sistema motor ya conocíamos, con sólo mirar los registros de imagen del cerebro, qué parte del cuerpo está moviendo un individuo e incluso qué dedo de la mano y si es de la derecha o la izquierda.” Mora. F. Neurociencia (p.100).

⁶ En el momento de tener que entregar este escrito aparece un reportaje en “El País” (17-02-08) titulado “Homo biónicas. La próxima evolución” donde se hace un repaso de los últimos y espectaculares avances en este campo.

⁷ En 1997, hace ya diez años, Deep Blue derrotó al campeón del mundo de ajedrez, Kasparov. ¿Tendrá relevancia histórica tal hecho en un futuro?.

⁸ Sin entrar en detalles, está admitida ya la importancia del neurotransmisor dopamina en la sensación de bienestar y la fenitilamina, también llamada molécula del amor, en los enamoramientos. Asimismo hay una relación directa de la oxitocina con la ternura y las relaciones sociales duraderas.

⁹ A pesar de la universalización de la democracia, que podría ser argüido como prueba de progreso moral-político, o los derechos humanos, dos guerras mundiales en el siglo XX y millones de muertos comprometen seriamente tal optimismo y parecen prueba clara de un “funcionamiento defectuoso”.

¹⁰ Perspectivas: Vida moral y reflexión ética Varios autores, Laberinto, Madrid, 1996. Por contra, por citar otro autor relevante, Fernando Savater, a pesar de que no es su terreno preferido, parece no compartir estas ideas a juzgar por un reciente artículo de “El País” (07-02-08). Cito: “*Cierta tendencia cientifista -que no científica- contemporánea aspira a relativizar todas aquellas apreciaciones éticas que*

Jacinto Sánchez (IES Adaja) El ser humano... eso no puede funcionar nunca

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

“No es un conocimiento sencillo, por eso es sólo apto para linceos. Es una ciencia de gran complejidad, que debe aprovechar los resultados de muchas otras ciencias. La ética debe saber cómo funciona la inteligencia humana, cuál es la textura de nuestros deseos y sentimientos,; averiguar los mecanismos de la acción voluntaria.”

Así pues, cuando descubramos las claves científicas de la ética y la política mejoraremos nuestro comportamiento y al mismo tiempo habremos completado nuestra naturaleza. Seremos capaces, entre otras cosas, de controlar la agresividad y fomentar el placer y ¿la felicidad?.

El objetivo es por tanto claro y loable. De hecho disciplinas muy recientes como la neurología o la ingeniería genética empiezan a obtener resultados. Entre los nuestros, Francisco Mora, un importante científico, profesor en varias universidades, es uno de los muchos partidarios de esta tendencia. Permittedme citar un artículo de hace un par de años especialmente significativo. Afirmaba en él que en EEUU en algunos juicios, en particular a adolescentes, para su consideración moral se tienen ya en cuenta conocimientos procedentes de dicha disciplina. Y ello es propio de países civilizados, pues, por ejemplo, había ayudado a abolir la pena de muerte para los disminuidos psíquicos. Y afirma:

“Desde hace bastantes años vengo señalando que los conocimientos que proporciona la Neurociencia cambiarán la percepción que tenemos de nosotros mismos y todo cuanto nos rodea, incluyendo no sólo la sociología, psicología y filosofía sino el arte, la ética, la religión y también y desde luego la jurisprudencia. Ciertamente que en estos momentos los datos científicos no se pueden poner encima de la mesa para persuadir a los tribunales en ninguna dirección pero sí para proporcionarles conocimientos e información a considerar.”¹¹

no pueden ser sustantivadas en fundamentos biológicos o neurológicos de nuestra especie. Incluso en ciertos casos, algunos epígonos poco perspicaces de la psicología evolutiva tratan de convencernos de lo inútil que es la indignación moral (o incluso, lo que es peor, la educación) frente a prácticas seculares como la violación o la agresividad contra el extraño, puesto que fueron estrategias útiles a la especie adquiridas definitivamente en los difíciles y largos eones de la Edad de Piedra.” Savater incluso llega a defender a M. Sendel autor de Contra la perfección, libro muy crítico con la mejora genética del ser humano (eugenesia) a pesar de ser un autor afín a la religión, cuestión que sabemos bastante alejada del español.

¹¹ Mora, Francisco en “El cultural” (20-01-05), suplemento de “El mundo”. Su libro ya citado, Neurocultura, desarrolla tal postura. “De hecho, permítanme el inciso, ya se podrían utilizar técnicas, de modo similar a como se hace con la medida del ADN o las huellas digitales, para demostrar no sólo si hay lesiones o patologías del cerebro, sino incluso para conocer los ocultamientos mentales de las personas en casos claros de su implicación en causas criminales. Esto último, sin embargo, encuentra enormes barreras legales en tanto que violaría los derechos que permiten a una persona no incriminarse o culparse a sí misma y, en cualquier caso, transgredir el derecho a la intimidad”. (p.28). Otro ensayista

Jacinto Sánchez (IES Adaja) El ser humano... eso no puede funcionar nunca

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Ni que decir tiene que está fuera de toda duda que los disminuidos psíquicos han de estar excluidos de cierta responsabilidad moral y que han de ser protegidos, pero ¿ha de fundamentarse prioritariamente en un conocimiento biológico, científico?. El propio Francisco Mora inmediatamente antes del texto que os he leído escribía: “...*aun cuando la ciencia debe siempre tenerse en cuenta es peligroso utilizarla para ayudar a establecer posicionamientos esencialmente morales*”.

No dudo, no creo que nadie lo haga, que evitar un asesinato mediante la administración de tranquilizantes (conocimiento científico) sea incuestionable, como atajar la agresividad y la depresión de un individuo mediante fármacos o cirugía, o incluso seleccionar genéticamente un embrión para librarlo de una enfermedad genética incurable, pero y un posible control genético de la agresividad a nivel de especie ¿sigue siendo indiscutible? ¿Dónde está el límite?¹². Lo que aquí se plantea es que tal pregunta tiene ya más sentido del que parece. “La búsqueda científica del alma”¹³, un conocimiento radical de la base neurobiológica (cerebral) de la conducta, estaría más cerca de lo que creemos y con él la explicación última de nuestro comportamiento y el final de la ética y la política; en resumen, las piezas que completan la naturaleza humana y la causa primera de nuestro mal funcionamiento¹⁴. Pero si se alcanza tal objetivo, ¿no

relevante, premio Espasa de ensayo, Luis Racionero en El progreso decadente del año 2000 también asume un planteamiento similar.

¹² En una entrevista en “El país” (1-10-2007) a Carlos Belmonte, director del Instituto de Neurociencias de Alicante éste afirmaba: “*Los problemas éticos que plantea la capacidad de analizar la actividad del cerebro vinculada a conductas, o la capacidad de modular desde fuera esa actividad cerebral, de encender o apagar genes, la neuro-estimulación, son importantes. Se podría llegar a descubrir cómo es el cerebro de un maltratador, por ejemplo, y entonces ¿Estaría bien tratarle para que no llegue a serlo? ¿Hasta dónde podemos llegar? Se van a plantear debates muy serios, y vamos a una velocidad espeluznante.*” En el cine “Alguien voló sobre el nido del cuco” o “La naranja mecánica” no son ya psicología-ficción. A modo de ejemplos, después de escribir esto, apareció otro artículo (23,01,08) en el que se menciona explícitamente un gen directamente relacionado con la violencia.

¹³ Título de un famoso libro de Crick, descubridor junto a Watson del ADN. “*Lo que también está haciendo ya la neurociencia es ayudar a detectar aspectos funcionales del cerebro antes imposibles de detectar, que bien pudieran ser causa de ciertas conductas antisociales. Por ejemplo, imágenes funcionales del cerebro de muchas personas convictas de haber cometido un crimen sugieren que en estos individuos existe una disfunción de los lóbulos frontales y temporales. En tomografías por emisión de positrones (PET) se ha mostrado una clara asociación entre el metabolismo reducido en la corteza prefrontal y una historia de conducta violenta repetitiva, agresión y asesinato.*” Mora, obra citada (p. 97).

¹⁴ Si se conocen las causas neurobiológicas de nuestro comportamiento, sabremos qué es el bien y el mal, la felicidad (ética) y la mejor forma de organizar el poder (política). Y podremos obtenerlos científicamente. Cito por lo elocuente, una vez más a F. Mora: “*Y es que efectivamente, en su charla el profesor Morse refería a la neurociencia en tanto que ésta ya posee conocimientos acerca de cómo, en el cerebro, se organizan las acciones, cómo ciertas áreas cerebrales operan para organizar las emociones y los razonamientos éticos y cómo, además, se adentra en conocer la dinámica cerebral en relación con la culpabilidad, el control cognitivo y la intencionalidad.*” (p. 96). Con una analogía informática que considero iluminadora: el software humano estaría consiguiendo controlar el hardware, y éste, a su vez, completaría el dominio del software.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

habremos perdido por el camino al ser humano? Más allá de cierto umbral, mejorar científicamente nuestro comportamiento ético-político ¿no conlleva una intromisión radical en la dignidad humana? Expresado de otra forma, si encontramos el sustrato neurobiológico de conceptos éticos como la voluntad¹⁵ y podemos manipularla, ¿no estaremos desfigurando la libertad? Y si es así: ¿seguiremos siendo humanos?. ¿Diluir la libertad en física y química no implica erradicar nuestra naturaleza?.

Insisto, la tesis defendida aquí es que tal proceso puede haber comenzado, aunque nos falta perspectiva histórica para comprenderlo (los árboles no nos dejan ver el bosque)¹⁶. Quizás en alguno de los todavía denominados “avances” científicos (mejoras) aludidos en esta exposición hayamos cruzado la frontera; de forma quirúrgica, farmacológica, genética en definitiva tecnológica o artificialmente se habría producido un salto cualitativo. Y si esto es cierto, para centrarnos de nuevo ¿no sabemos ya qué nos hace humanos? Es evidente que no en la teoría, pues lo estamos discutiendo, pero si lo parece en la práctica. Esa es la forma de proceder de las ciencias “exactas”: no hay respuesta teórica, sino resultados; ¡funciona!. Si estamos en lo cierto, la pregunta por la naturaleza humana habría caducado y la interesante sería: ¿somos aún humanos? Desde otra perspectiva, en términos puramente biológico-evolutivos, que no excluye los filosóficos, ¿no ha habido ya cambios tan importantes como los que nos alejaron del Neandertal, al que consideramos no humano?.

Mi conjetura así es ésta: la ciencia domina ya al ser humano. Digo domina más que conoce, pues está bastante admitido que cuando la ciencia conoce, domina, lo cual dibuja un panorama inquietante. José Luis Pardo, un profe de la Facultad de Filosofía de la Complutense de Madrid, en un libro no relacionado directamente con esta cuestión, “*La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*” sugiere que:

“...el día en que la actividad de transformación técnica de la naturaleza –incluida la propia naturaleza humana –haya terminado, ese día ya no habrá hombres.”¹⁷

¹⁵ En palomas y en ratas, estas últimas mamíferos como nosotros, es decir, con una estructura cerebral análoga a pesar de las diferencias, se ha conseguido ya controlar su voluntad interviniendo directamente en su cerebro al ser capaces de dirigirlos hacia un objetivo específico predeterminado. (“El país”, 03-05-02 y 27-02-2007).

¹⁶ Algunos indicios. Antes hablábamos de derechos éticos para simios. Si es difícil de aceptar, más absurdo parecerá el código ético que Corea del Sur prepara para regular la relación entre robots y humanos (“El País”, 07,03,07). Y no digamos la inclusión de los robots dentro del árbol de la vida, a propuesta del artista portugués Leonel Moura (www.leonelmoura.com).

¹⁷ Pardo, José Luis. *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004. (p.434). Premio Nacional de ensayo 2005.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

No quiero terminar sin volver al principio, a Borges, para concluir de forma pesimista pero no menos realista, que a pesar de las noticias que llenan los periódicos, dicho sea sin frivolidad, sospecho que no parece buena idea que la ética o la política acaben engullidas por las ciencias “naturales”. Más allá de cierto límite, no creo que nos ayuden a funcionar mejor o si fuera el caso no considero adecuado un perfeccionamiento ilimitado de nuestra conducta, lo cual no es nada original pues es un recelo común a utopías futuristas tanto literarias como de la gran pantalla: Walden dos, 1984, Matrix, Yo robot o el mismo Frankenstein¹⁸... Y no se dice esto desde una postura religiosa o un fundamentalismo anticientífico; ni siquiera desde el conservadurismo (neocon) tan de moda, o incluso desde un egoísmo antropocéntrico, sino para prevenir posibles atrocidades a nivel de especie¹⁹. Si las mejoras científicas llegan a suplantar a la ética y la política parecen factibles dos posibilidades: la superación de la especie o su autocontrol, ambas con cierto olor a totalitarismo-fascismo. Y ese sería el fin de la naturaleza humana, y también su final. Más que de nuestra naturaleza, de dónde venimos, es urgente plantearnos a dónde vamos, aunque soy realista (quiero decir

¹⁸ Aunque requeriría un estudio más serio, no parece casualidad que las utopías sociales antiguas sean optimistas (Platón, Bacon, Moro...) mientras que las actuales, con trasfondo científico, son profundamente pesimistas. Aunque no todas... *“En lo social, nuevas técnicas de registro e imagen cerebral están alcanzando cotas de alto calado, tanto como para desafiar principios básicos de convivencia social, como la privacidad y la intimidad del individuo. Imaginemos por un instante que fuéramos capaces de alcanzar técnicas que nos permitieran leer el pensamiento de los demás y predecir su conducta, tanto inmediata como futura. ¿A qué nos conduciría esto? ¿Qué ocurriría si todo el mundo pudiese sobrepasar las barreras de contención de nuestra corteza prefrontal y conocer el loco que todos llevamos dentro? Incluso aunque estas técnicas sólo se aplicaran en un juicio penal, ¿en qué casos se podrían aplicar contra la voluntad del inculpaado para saber si dice la verdad y emitir con ellos una sentencia acorde? ¿Podrían esos conocimientos cambiar nuestra actual concepción de la responsabilidad, en el caso de conductas antisociales? ¿Qué es ser normal? ¿Podríamos encontrar algún día patrones de actividad cerebral claros que diferenciaran, como dice Churchland, aquellos que están bajo control de aquellos que no lo están? Sin duda, sería de un valor inestimable para el derecho y la jurisprudencia. Dice Churchland: A largo plazo sospecho que seremos capaces de encontrar vías altamente sofisticadas para distinguir un cerebro que está bajo control y un cerebro que está fuera de control.”* Esta cita no es de “Un mundo feliz” (1932) de A. Huxley, ni de “Minority report” (2002, Steven Spielberg), sino del libro ya citado de Francisco Mora, (p.155) y sirve como complemento a la nota 10. A pesar de lo acertado de sus reflexiones, personalmente no puedo evitar cierto estremecimiento ante el optimismo de sus conclusiones, aunque el autor se distancia explícitamente del “mundo feliz” de Huxley (p.57).

¹⁹ El artículo ya citado de “El País” (nota 6) (17-02-08), termina con la siguiente reflexión de la periodista: *“¿Es eso mejorar la especie humana? ¿Habrá que poner algún tipo de límite a todas estas mejoras? (como la no admisión de Pistorius en Pekín). Algunos, mirando lejos, han alertado de la posibilidad de que la especie humana se escinda: biónicos, frente a cien por cien orgánicos. Pero echen un vistazo a las prótesis que usan en la mayor parte del mundo los amputados por minas antipersona y compárenlas con las que se fabrican, por ejemplo, en el MIT. ¿Realmente hay que mirar tan lejos para ver una escisión en la especie?”*. Para más información sobre esta cuestión recomiendo la polémica Habermas-Sloterdijk a propósito de la conferencia de este último titulada “El parque humano” así como la obra de Jesús Mosterín La naturaleza humana y la de Fukuyama El fin del hombre: las consecuencias de la revolución tecnológica.

III Olimpiada filos3fica de Castilla y Le3n

pesimista) y dudo mucho que tal pregunta pueda encontrar alg3n eco en un mundo en el que tecnociencia, capitalismo y bienestar son indisolubles.

Ahora s3 acabo, con un poco de humor si puede ser. Unas viñetas añadidas a la de Forges, (gracias a mi cuñada Ana), a modo de resumen y en tono tragic3mico, porque como bien sab3a Plat3n a veces un mito, una imagen, puede sugerir m3s que una detallada explicaci3n . Si adem3s va acompañada de la m3sica de Strauss (de su “As3 habl3 Zaratustra”) no por casualidad banda sonora de “2001 Una odisea en el espacio” de Kubrick, mucho mejor.





...o el fin de la naturaleza humana

Pensando en la propuesta de esta Olimpiada, en si es posible a3n contribuci3n alguna a la cuesti3n de la naturaleza humana, este chiste de Forges me hizo una sugerencia en apariencia desenfadada: “eso es lo que no puede funcionar bien nunca”. Y ¿qu3 significa tal afirmaci3n? Viniendo de un humorista gr3fico no parece que sea dif3cil de entender. Es suficiente con hojear los diarios. Si clasific3semos como buenas o malas todas las noticias que aparecen en ellos, creo que pocos dud3r3amos de que ganar3an por abrumadora mayor3a las que llamamos malas noticias: asesinatos, guerras, robos, maltratos... As3 pues estar3amos de acuerdo con Forges: “Menuda chorrada es el ser humano”.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Pero somos humanos, curiosos, y surge la pregunta: ¿Por qué no funcionamos bien? ¿Dónde está el defecto de nuestro diseño?

De entrada hay que decir que el verbo funcionar no parece adecuado para calificar al ser humano, puesto que se aplica sobre todo a artefactos (aquello hecho con arte, es decir, fabricado). No obstante es una buena analogía: un artefacto (o un ser vivo según admite el propio diccionario de la R.A.E.) funciona bien cuando realiza su función; por tanto funciona mal cuando no lo hace, es decir, cuando no hace aquello que tiene que hacer. ¿Y qué tiene que hacer un ser humano? O formulado filosóficamente ¿Qué significa *comportarse bien*? Pues ahí comienzan los problemas: no parece que lo tengamos claro. Para nuestra época, habría que matizar: no nos ponemos de acuerdo en lo que tenemos que hacer.

Para los recién llegados a la filosofía, estamos en el plano de la acción (ética y política, diría Aristóteles); no obstante, la analogía sigue teniendo sentido al acercarnos a la raíz del problema, entre la metafísica y la epistemología: si no se hace lo que se tiene que hacer, o si no se sabe (pues más bien parece este el caso), ¿no implica ello alguna inconsistencia en nuestra naturaleza original, en nuestra esencia? Pongamos un ejemplo que lo simplifique.

¿Os imagináis lo raro que resultaría un ratón parlante, que riera, llorara, amara, que jugara al fútbol...? ¡Pues claro, hay multitud de ejemplos!, diréis. Debido al proceso de antropomorfización de la realidad que hemos realizado tenemos a Mickey, Stuart Little y otros varios, como bien sabemos los que tenemos niños pequeños. Pero más allá de la ficción, no nos resultarían más que graciosos ¿desconcertantes? En todo caso no harían lo que tienen que hacer y de ahí deduciríamos que no son lo que tienen que ser¹. En otras palabras, volviendo a nuestro tema, el problema radical del hombre es su propia naturaleza, que no se conoce a sí mismo (no ha tenido el gusto de presentarse).

Dicha falta se manifiesta en que es precisamente la única entidad que se autocuestiona, la única criatura que se pregunta por su propia naturaleza. No imaginamos “bicho” vivo alguno preguntándose quién es. No hay nada en el universo, natural o artificial, que haga algo parecido, al menos que sepamos. Una máquina electrónica procesadora de información de última generación, a pesar de realizar tareas intelectuales tradicionalmente reservadas al ser humano no se hace esta pregunta;

¹ En el clásico programa de divulgación científica Redes, en una reposición de hace un par de meses, Dennet un reputado filósofo norteamericano, afirmaba precisamente que “un león que hablara no sería un león”.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

simplemente funciona o no (correctamente). ¿Y un supuesto Dios?, ese Dios “barbudo” de Forges, ¿tiene dudas sobre quién es? ¡Dios es perfecto!, afirma la teología, luego ha de saber quién es. Por tanto, la pregunta por la propia naturaleza (humana) pertenece a nuestra idiosincrasia y es nuestro exclusivo defecto.

Pero que la pregunta siga en pie no significa que no nos hayamos respondido. De hecho nuestro mal funcionamiento a día de hoy (como ya hemos insinuado) no se debe tanto a que no tengamos respuestas como a que tenemos demasiadas, algunas de ellas incompatibles, pudiendo dar lugar, como enseguida veremos, a graves “disfunciones”. Para aclarar esta circunstancia, hagamos antes un breve repaso a las respuestas que hemos pensado.

Comenzamos por considerarnos una criatura inferior a Dios, aunque superior a todas las demás, la criatura elegida, como sigue diciendo aún hoy la religión. Sin embargo, a medida que indagábamos a nuestro alrededor, paradójicamente nos fuimos sintiendo menos especiales: nuestro mundo se manifestó semejante a otros mundos (cuando la Tierra se convirtió en un planeta más con Copérnico); nos descubrimos mucho más cercanos a los demás seres vivos (desde Darwin); incluso nuestra composición físico-química no es fundamentalmente diferente del resto de la materia (la vida, y dentro de ella la humana, no alberga elementos drásticamente exclusivos). Así hoy tenemos dificultades para citar algo que, sin matices, nos distinga; ni siquiera el lenguaje, el pensamiento, la conciencia o el comportamiento moral², aunque es cierto que todas estas diferencias se inscriben en el que parece reducto último de nuestra exclusiva naturaleza, el cerebro humano, la entidad más compleja con que nos hemos topado. Sin embargo, a pesar de él, no hemos averiguado lo que esperábamos y aún algunos esperan: una diferencia especial y delimitadora. El debate ha cambiado radicalmente. Me atrevería a decir que la naturaleza humana se ha ido devaluando, limitándose hoy a la siguiente cuestión que podríamos llamar menor: ¿posee el ser humano alguna característica, sin matices, exclusiva?. De sentirnos diferentes y especiales queriendo saber por qué a sentirnos in-diferentes y querer sabernos diferentes. La pregunta se vuelve hasta capciosa.

Permitidme hacer un paréntesis para no perder parte de la audiencia. Soy consciente de que estas reflexiones aún siendo filosóficas, y sin eludir la religión, finalmente están

² Si no es así, ¿cómo explicar el proyecto Great Ape (Gran simio en español) o la lucha de algunos intelectuales en favor del reconocimiento de algunos derechos básicos para los simios más cercanos a nosotros?.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

vertebradas por los avances científicos. Expresado en otros términos, partimos de la premisa de que “ser humano” es pertenecer a la especie “Homo sapiens-sapiens”. No obstante, seguro que alguien en la sala, y mucha gente fuera de ella, pensará que es una visión sesgada, pues hoy, de nuevo, retorna una visión religiosa, que rechaza por inadecuadas, o minimiza, las aportaciones científicas a tal cuestión³. Ante tal posible crítica he de matizar que no se está optando aquí por una actitud completamente materialista o exclusivamente natural del ser humano como se verá enseguida; al contrario, sería insuficiente una explicación que no contuviera lo “espiritual” o aquello que está más allá de la pura física⁴. Pero por otro lado supondría un retroceso respecto a nuestro autoconocimiento, una explicación filosófica que ignorara los hitos fundamentales y los últimos descubrimientos científicos relacionados con la especie. Si estoy equivocado, en todo caso tal discrepancia es una muestra más de lo que venimos diciendo: no tenemos una idea consensuada de nuestra naturaleza, lo cual, dicho sea de paso, sería hasta enriquecedor si no fuera porque algunos son capaces de aniquilar para imponer una concepción exclusiva. Nuestro funcionamiento a veces es pésimo. Fin del paréntesis.

Por tanto, decíamos, no parece razonable seguir tal reflexión sin las aportaciones de la ciencia. Insisto en que es incuestionable lo que nos ha aportado acerca de nuestra naturaleza. Permitidme algunos detalles, conocidos pero no por ello obvios en su significado. Hemos avanzado muchísimo en el conocimiento de nuestro organismo (cuerpo): somos capaces ya de reemplazar órganos fundamentales (el corazón, el hígado, brazos, manos...) incluso algo tan personal como la cara, reflejo de nuestros sentimientos y emociones, “el espejo del alma” del que habla el dicho popular. Es cierto que todavía estamos lejos de poder trasplantar un cerebro, pero ya somos capaces de “leerlo” parcialmente⁵. Somos capaces de producir un congénere en una probeta, y estamos a un paso de conseguir réplicas humanas a partir de una célula humana

³ Estuvo de actualidad a principios de año la llegada de la teoría del “Diseño Inteligente” a nuestras universidades, procedente de corrientes creacionistas muy extendidas en EEUU.

⁴ Incluso desde el ámbito de la ciencia biológica más materialista, se admite la religiosidad como parte de la naturaleza humana pues así lo han revelado varios experimentos de neurobiología. No obstante afirman que es resultado de la evolución y que está inscrita biológicamente en el cerebro. Véase por ejemplo Neurocultura de Francisco Mora. Alianza, Madrid, 2007.

⁵ “Hoy ya es posible saber, utilizando registros de resonancia magnética funcional muy sensibles, si una persona está pensando, por ejemplo, en personas y caras o en casas y edificios. Y también se puede conocer, con cierta aproximación muy significativa, si esas caras o esos edificios le gustan o le disgustan (...) Y esto sólo en lo referente al sistema sensorial. En lo referente al sistema motor ya conocíamos, con sólo mirar los registros de imagen del cerebro, qué parte del cuerpo está moviendo un individuo e incluso qué dedo de la mano y si es de la derecha o la izquierda.” Mora. F. Neurociencia (p.100).

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

cualquiera. Donde no son posibles los trasplantes dominamos la tecnología de tal forma que podemos sustituirlos por ingenios artificiales: marcapasos, piezas óseas de titanio, miembros biónicos, sentidos artificiales (vista, oído...) ⁶. Es tal el conocimiento que tenemos que existen ya androides que replican artificialmente varias de las funciones humanas: los propios sentidos, el bipedismo, las expresiones faciales (tristeza, alegría...) habiendo sido algunas de ellas ya superadas, cuando se suponían exclusivas. Existen ordenadores capaces de efectuar cálculos matemáticos más complejos de los que puede resolver la mayoría de los seres humanos y mucho más rápidamente ⁷. En los últimos años, hemos desentrañado el cerebro más de lo que parece: conocemos ya los fundamentos neurobiológicos de algunas emociones humanas decisivas, la agresividad o el placer ⁸ entre otras; en definitiva, estamos “tocando” lo intangible, el alma humana. No parece descabellado señalar que sabemos mucho de nosotros mismos por lo que en comparación es extraño que, según dice Forges, funcionemos bastante mal. Como solemos decir a nuestros alumnos de primero de bachillerato, parece que el progreso científico-técnico no ha ido acompañado por su correspondiente progreso moral y quizás tampoco político ⁹.

Una vez más hemos de plantearnos el porqué. ¿A qué se debe que no haya habido ese progreso moral-político? Desde la ciencia la respuesta es clara: en dichos ámbitos aún no ha habido suficiente progreso científico. Lo mismo dicen algunos filósofos. J. A. Marina en su famoso Prólogo para linceos ¹⁰ (al menos para los profes de secundaria) tras superponer la importancia de la ética a las matemáticas o la física escribe sobre ella:

⁶ En el momento de tener que entregar este escrito aparece un reportaje en “El País” (17-02-08) titulado “Homo biónicas. La próxima evolución” donde se hace un repaso de los últimos y espectaculares avances en este campo.

⁷ En 1997, hace ya diez años, Deep Blue derrotó al campeón del mundo de ajedrez, Kasparov. ¿Tendrá relevancia histórica tal hecho en un futuro?.

⁸ Sin entrar en detalles, está admitida ya la importancia del neurotransmisor dopamina en la sensación de bienestar y la fenitilamina, también llamada molécula del amor, en los enamoramientos. Asimismo hay una relación directa de la oxitocina con la ternura y las relaciones sociales duraderas.

⁹ A pesar de la universalización de la democracia, que podría ser argüido como prueba de progreso moral-político, o los derechos humanos, dos guerras mundiales en el siglo XX y millones de muertos comprometen seriamente tal optimismo y parecen prueba clara de un “funcionamiento defectuoso”.

¹⁰ Perspectivas: Vida moral y reflexión ética Varios autores, Laberinto, Madrid, 1996. Por contra, por citar otro autor relevante, Fernando Savater, a pesar de que no es su terreno preferido, parece no compartir estas ideas a juzgar por un reciente artículo de “El País” (07-02-08). Cito: “*Cierta tendencia cientifista -que no científica- contemporánea aspira a relativizar todas aquellas apreciaciones éticas que no pueden ser sustentadas en fundamentos biológicos o neurológicos de nuestra especie. Incluso en ciertos casos, algunos epígonos poco perspicaces de la psicología evolutiva tratan de convencernos de lo inútil que es la indignación moral (o incluso, lo que es peor, la educación) frente a prácticas seculares como la violación o la agresividad contra el extraño, puesto que fueron estrategias útiles a la especie adquiridas definitivamente en los difíciles y largos eones de la Edad de Piedra.*” Savater incluso llega a

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

“No es un conocimiento sencillo, por eso es sólo apto para linceos. Es una ciencia de gran complejidad, que debe aprovechar los resultados de muchas otras ciencias. La ética debe saber cómo funciona la inteligencia humana, cuál es la textura de nuestros deseos y sentimientos,; averiguar los mecanismos de la acción voluntaria.”

Así pues, cuando descubramos las claves científicas de la ética y la política mejoraremos nuestro comportamiento y al mismo tiempo habremos completado nuestra naturaleza. Seremos capaces, entre otras cosas, de controlar la agresividad y fomentar el placer y ¿la felicidad?.

El objetivo es por tanto claro y loable. De hecho disciplinas muy recientes como la neurología o la ingeniería genética empiezan a obtener resultados. Entre los nuestros, Francisco Mora, un importante científico, profesor en varias universidades, es uno de los muchos partidarios de esta tendencia. Permittedme citar un artículo de hace un par de años especialmente significativo. Afirmaba en él que en EEUU en algunos juicios, en particular a adolescentes, para su consideración moral se tienen ya en cuenta conocimientos procedentes de dicha disciplina. Y ello es propio de países civilizados, pues, por ejemplo, había ayudado a abolir la pena de muerte para los disminuidos psíquicos. Y afirma:

“Desde hace bastantes años vengo señalando que los conocimientos que proporciona la Neurociencia cambiarán la percepción que tenemos de nosotros mismos y todo cuanto nos rodea, incluyendo no sólo la sociología, psicología y filosofía sino el arte, la ética, la religión y también y desde luego la jurisprudencia. Ciertamente que en estos momentos los datos científicos no se pueden poner encima de la mesa para persuadir a los tribunales en ninguna dirección pero sí para proporcionarles conocimientos e información a considerar.”¹¹

Ni que decir tiene que está fuera de toda duda que los disminuidos psíquicos han de estar excluidos de cierta responsabilidad moral y que han de ser protegidos, pero ¿ha de

defender a M. Sendel autor de Contra la perfección, libro muy crítico con la mejora genética del ser humano (eugenesia) a pesar de ser un autor afín a la religión, cuestión que sabemos bastante alejada del español.

¹¹ Mora, Francisco en “El cultural” (20-01-05), suplemento de “El mundo”. Su libro ya citado, Neurocultura, desarrolla tal postura. “De hecho, permítanme el inciso, ya se podrían utilizar técnicas, de modo similar a como se hace con la medida del ADN o las huellas digitales, para demostrar no sólo si hay lesiones o patologías del cerebro, sino incluso para conocer los ocultamientos mentales de las personas en casos claros de su implicación en causas criminales. Esto último, sin embargo, encuentra enormes barreras legales en tanto que violaría los derechos que permiten a una persona no incriminarse o culpase a sí misma y, en cualquier caso, transgredir el derecho a la intimidad”. (p.28). Otro ensayista relevante, premio Espasa de ensayo, Luis Racionero en El progreso decadente del año 2000 también asume un planteamiento similar.

Jacinto Sánchez (IES Adaja) El ser humano... eso no puede funcionar nunca

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

fundamentarse prioritariamente en un conocimiento biológico, científico?. El propio Francisco Mora inmediatamente antes del texto que os he leído escribía: “...aun cuando la ciencia debe siempre tenerse en cuenta es peligroso utilizarla para ayudar a establecer posicionamientos esencialmente morales”.

No dudo, no creo que nadie lo haga, que evitar un asesinato mediante la administración de tranquilizantes (conocimiento científico) sea incuestionable, como atajar la agresividad y la depresión de un individuo mediante fármacos o cirugía, o incluso seleccionar genéticamente un embrión para librarlo de una enfermedad genética incurable, pero ¿y un posible control genético de la agresividad a nivel de especie ¿sigue siendo indiscutible? ¿Dónde está el límite?¹². Lo que aquí se plantea es que tal pregunta tiene ya más sentido del que parece. “La búsqueda científica del alma”¹³, un conocimiento radical de la base neurobiológica (cerebral) de la conducta, estaría más cerca de lo que creemos y con él la explicación última de nuestro comportamiento y el final de la ética y la política; en resumen, las piezas que completan la naturaleza humana y la causa primera de nuestro mal funcionamiento¹⁴. Pero si se alcanza tal objetivo, ¿no habremos perdido por el camino al ser humano? Más allá de cierto umbral, mejorar científicamente nuestro comportamiento ético-político ¿no conlleva una intromisión radical en la dignidad humana? Expresado de otra forma, si encontramos el sustrato

¹² En una entrevista en “El país” (1-10-2007) a Carlos Belmonte, director del Instituto de Neurociencias de Alicante éste afirmaba: “Los problemas éticos que plantea la capacidad de analizar la actividad del cerebro vinculada a conductas, o la capacidad de modular desde fuera esa actividad cerebral, de encender o apagar genes, la neuro-estimulación, son importantes. Se podría llegar a descubrir cómo es el cerebro de un maltratador, por ejemplo, y entonces ¿Estaría bien tratarle para que no llegue a serlo? ¿Hasta dónde podemos llegar? Se van a plantear debates muy serios, y vamos a una velocidad espeluznante.” En el cine “Alguien voló sobre el nido del cuco” o “La naranja mecánica” no son ya psicología-ficción. A modo de ejemplos, después de escribir esto, apareció otro artículo (23,01,08) en el que se menciona explícitamente un gen directamente relacionado con la violencia.

¹³ Título de un famoso libro de Crick, descubridor junto a Watson del ADN. “Lo que también está haciendo ya la neurociencia es ayudar a detectar aspectos funcionales del cerebro antes imposibles de detectar, que bien pudieran ser causa de ciertas conductas antisociales. Por ejemplo, imágenes funcionales del cerebro de muchas personas convictas de haber cometido un crimen sugieren que en estos individuos existe una disfunción de los lóbulos frontales y temporales. En tomografías por emisión de positrones (PET) se ha mostrado una clara asociación entre el metabolismo reducido en la corteza prefrontal y una historia de conducta violenta repetitiva, agresión y asesinato.” Mora, obra citada (p. 97).

¹⁴ Si se conocen las causas neurobiológicas de nuestro comportamiento, sabremos qué es el bien y el mal, la felicidad (ética) y la mejor forma de organizar el poder (política). Y podremos obtenerlos científicamente. Cito por lo elocuente, una vez más a F. Mora: “Y es que efectivamente, en su charla el profesor Morse refería a la neurociencia en tanto que ésta ya posee conocimientos acerca de cómo, en el cerebro, se organizan las acciones, cómo ciertas áreas cerebrales operan para organizar las emociones y los razonamientos éticos y cómo, además, se adentra en conocer la dinámica cerebral en relación con la culpabilidad, el control cognitivo y la intencionalidad.” (p. 96). Con una analogía informática que considero iluminadora: el software humano estaría consiguiendo controlar el hardware, y éste, a su vez, completaría el dominio del software.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

neurobiológico de conceptos éticos como la voluntad¹⁵ y podemos manipularla, ¿no estaremos desfigurando la libertad? Y si es así: ¿seguiremos siendo humanos?. ¿Diluir la libertad en física y química no implica erradicar nuestra naturaleza?.

Insisto, la tesis defendida aquí es que tal proceso puede haber comenzado, aunque nos falta perspectiva histórica para comprenderlo (los árboles no nos dejan ver el bosque)¹⁶. Quizás en alguno de los todavía denominados “avances” científicos (mejoras) aludidos en esta exposición hayamos cruzado la frontera; de forma quirúrgica, farmacológica, genética en definitiva tecnológica o artificialmente se habría producido un salto cualitativo. Y si esto es cierto, para centrarnos de nuevo ¿no sabemos ya qué nos hace humanos? Es evidente que no en la teoría, pues lo estamos discutiendo, pero si lo parece en la práctica. Esa es la forma de proceder de las ciencias “exactas”: no hay respuesta teórica, sino resultados; ¡funciona!. Si estamos en lo cierto, la pregunta por la naturaleza humana habría caducado y la interesante sería: ¿somos aún humanos? Desde otra perspectiva, en términos puramente biológico-evolutivos, que no excluye los filosóficos, ¿no ha habido ya cambios tan importantes como los que nos alejaron del Neandertal, al que consideramos no humano?.

Mi conjetura así es ésta: la ciencia domina ya al ser humano. Digo domina más que conoce, pues está bastante admitido que cuando la ciencia conoce, domina, lo cual dibuja un panorama inquietante. José Luis Pardo, un profe de la Facultad de Filosofía de la Complutense de Madrid, en un libro no relacionado directamente con esta cuestión, “*La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*” sugiere que:

“...el día en que la actividad de transformación técnica de la naturaleza –incluida la propia naturaleza humana –haya terminado, ese día ya no habrá hombres.”¹⁷

No quiero terminar sin volver al principio, a Borges, para concluir de forma pesimista pero no menos realista, que a pesar de las noticias que llenan los periódicos, dicho sea sin frivolidad, sospecho que no parece buena idea que la ética o la política acaben engullidas por las ciencias “naturales”. Más allá de cierto límite, no creo que nos

¹⁵ En palomas y en ratas, estas últimas mamíferos como nosotros, es decir, con una estructura cerebral análoga a pesar de las diferencias, se ha conseguido ya controlar su voluntad interviniendo directamente en su cerebro al ser capaces de dirigirlos hacia un objetivo específico predeterminado. (“El país”, 03-05-02 y 27-02-2007).

¹⁶ Algunos indicios. Antes hablábamos de derechos éticos para simios. Si es difícil de aceptar, más absurdo parecerá el código ético que Corea del Sur prepara para regular la relación entre robots y humanos (“El País”, 07,03,07). Y no digamos la inclusión de los robots dentro del árbol de la vida, a propuesta del artista portugués Leonel Moura (www.leonelmoura.com).

¹⁷ Pardo, José Luis. *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004. (p.434). Premio Nacional de ensayo 2005.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

ayuden a funcionar mejor o si fuera el caso no considero adecuado un perfeccionamiento ilimitado de nuestra conducta, lo cual no es nada original pues es un recelo común a utopías futuristas tanto literarias como de la gran pantalla: Walden dos, 1984, Matrix, Yo robot o el mismo Frankenstein¹⁸... Y no se dice esto desde una postura religiosa o un fundamentalismo anticientífico; ni siquiera desde el conservadurismo (neocon) tan de moda, o incluso desde un egoísmo antropocéntrico, sino para prevenir posibles atrocidades a nivel de especie¹⁹. Si las mejoras científicas llegan a suplantar a la ética y la política parecen factibles dos posibilidades: la superación de la especie o su autocontrol, ambas con cierto olor a totalitarismo-fascismo. Y ese sería el fin de la naturaleza humana, y también su final. Más que de nuestra naturaleza, de dónde venimos, es urgente plantearnos a dónde vamos, aunque soy realista (quiero decir pesimista) y dudo mucho que tal pregunta pueda encontrar algún eco en un mundo en el que tecnociencia, capitalismo y bienestar son indisolubles.

Ahora sí acabo, con un poco de humor si puede ser. Unas viñetas añadidas a la de Forges, (gracias a mi cuñada Ana), a modo de resumen y en tono tragicómico, porque

¹⁸ Aunque requeriría un estudio más serio, no parece casualidad que las utopías sociales antiguas sean optimistas (Platón, Bacon, Moro...) mientras que las actuales, con trasfondo científico, son profundamente pesimistas. Aunque no todas... *“En lo social, nuevas técnicas de registro e imagen cerebral están alcanzando cotas de alto calado, tanto como para desafiar principios básicos de convivencia social, como la privacidad y la intimidad del individuo. Imaginemos por un instante que fuéramos capaces de alcanzar técnicas que nos permitieran leer el pensamiento de los demás y predecir su conducta, tanto inmediata como futura. ¿A qué nos conduciría esto? ¿Qué ocurriría si todo el mundo pudiese sobrepasar las barreras de contención de nuestra corteza prefrontal y conocer el loco que todos llevamos dentro? Incluso aunque estas técnicas sólo se aplicaran en un juicio penal, ¿en qué casos se podrían aplicar contra la voluntad del inculpaado para saber si dice la verdad y emitir con ellos una sentencia acorde? ¿Podrían esos conocimientos cambiar nuestra actual concepción de la responsabilidad, en el caso de conductas antisociales? ¿Qué es ser normal? ¿Podríamos encontrar algún día patrones de actividad cerebral claros que diferenciaran, como dice Churchland, aquellos que están bajo control de aquellos que no lo están? Sin duda, sería de un valor inestimable para el derecho y la jurisprudencia. Dice Churchland: A largo plazo sospecho que seremos capaces de encontrar vías altamente sofisticadas para distinguir un cerebro que está bajo control y un cerebro que está fuera de control.”* Esta cita no es de “Un mundo feliz” (1932) de A. Huxley, ni de “Minority report” (2002, Steven Spielberg), sino del libro ya citado de Francisco Mora, (p.155) y sirve como complemento a la nota 10. A pesar de lo acertado de sus reflexiones, personalmente no puedo evitar cierto estremecimiento ante el optimismo de sus conclusiones, aunque el autor se distancia explícitamente del “mundo feliz” de Huxley (p.57).

¹⁹ El artículo ya citado de “El País” (nota 6) (17-02-08), termina con la siguiente reflexión de la periodista: *“¿Es eso mejorar la especie humana? ¿Habrá que poner algún tipo de límite a todas estas mejoras? (como la no admisión de Pistorius en Pekín). Algunos, mirando lejos, han alertado de la posibilidad de que la especie humana se escinda: biónicos, frente a cien por cien orgánicos. Pero echen un vistazo a las prótesis que usan en la mayor parte del mundo los amputados por minas antipersona y compárenlas con las que se fabrican, por ejemplo, en el MIT. ¿Realmente hay que mirar tan lejos para ver una escisión en la especie?”*. Para más información sobre esta cuestión recomiendo la polémica Habermas-Sloterdijk a propósito de la conferencia de este último titulada “El parque humano” así como la obra de Jesús Mosterín La naturaleza humana y la de Fukuyama El fin del hombre: las consecuencias de la revolución tecnológica.

III Olimpiada filos3fica de Castilla y Le3n

como bien sabía Plat3n a veces un mito, una imagen, puede sugerir m3s que una detallada explicaci3n . Si adem3s va acompa3ada de la m3sica de Strauss (de su “Así habl3 Zaratustra”) no por casualidad banda sonora de “2001 Una odisea en el espacio” de Kubrick, mucho mejor.





...o el fin de la naturaleza humana

Pensando en la propuesta de esta Olimpiada, en si es posible aún contribuci3n alguna a la cuesti3n de la naturaleza humana, este chiste de Forges me hizo una sugerencia en apariencia desenfadada: “eso es lo que no puede funcionar bien nunca”. Y ¿qu3 significa tal afirmaci3n? Viniendo de un humorista gr3fico no parece que sea difcil de entender. Es suficiente con hojear los diarios. Si clasific3semos como buenas o malas todas las noticias que aparecen en ellos, creo que pocos dud3r3amos de que ganar3an por abrumadora mayor3a las que llamamos malas noticias: asesinatos, guerras, robos, maltratos... As3 pues estar3amos de acuerdo con Forges: “Menuda chorrada es el ser humano”.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Pero somos humanos, curiosos, y surge la pregunta: ¿Por qué no funcionamos bien? ¿Dónde está el defecto de nuestro diseño?

De entrada hay que decir que el verbo funcionar no parece adecuado para calificar al ser humano, puesto que se aplica sobre todo a artefactos (aquello hecho con arte, es decir, fabricado). No obstante es una buena analogía: un artefacto (o un ser vivo según admite el propio diccionario de la R.A.E.) funciona bien cuando realiza su función; por tanto funciona mal cuando no lo hace, es decir, cuando no hace aquello que tiene que hacer. ¿Y qué tiene que hacer un ser humano? O formulado filosóficamente ¿Qué significa *comportarse bien*? Pues ahí comienzan los problemas: no parece que lo tengamos claro. Para nuestra época, habría que matizar: no nos ponemos de acuerdo en lo que tenemos que hacer.

Para los recién llegados a la filosofía, estamos en el plano de la acción (ética y política, diría Aristóteles); no obstante, la analogía sigue teniendo sentido al acercarnos a la raíz del problema, entre la metafísica y la epistemología: si no se hace lo que se tiene que hacer, o si no se sabe (pues más bien parece este el caso), ¿no implica ello alguna inconsistencia en nuestra naturaleza original, en nuestra esencia? Pongamos un ejemplo que lo simplifique.

¿Os imagináis lo raro que resultaría un ratón parlante, que riera, llorara, amara, que jugara al fútbol...? ¡Pues claro, hay multitud de ejemplos!, diréis. Debido al proceso de antropomorfización de la realidad que hemos realizado tenemos a Mickey, Stuart Little y otros varios, como bien sabemos los que tenemos niños pequeños. Pero más allá de la ficción, no nos resultarían más que graciosos ¿desconcertantes? En todo caso no harían lo que tienen que hacer y de ahí deduciríamos que no son lo que tienen que ser¹. En otras palabras, volviendo a nuestro tema, el problema radical del hombre es su propia naturaleza, que no se conoce a sí mismo (no ha tenido el gusto de presentarse).

Dicha falta se manifiesta en que es precisamente la única entidad que se autocuestiona, la única criatura que se pregunta por su propia naturaleza. No imaginamos “bicho” vivo alguno preguntándose quién es. No hay nada en el universo, natural o artificial, que haga algo parecido, al menos que sepamos. Una máquina electrónica procesadora de información de última generación, a pesar de realizar tareas intelectuales tradicionalmente reservadas al ser humano no se hace esta pregunta;

¹ En el clásico programa de divulgación científica Redes, en una reposición de hace un par de meses, Dennet un reputado filósofo norteamericano, afirmaba precisamente que “un león que hablara no sería un león”.

III Olimpiada filos3fica de Castilla y Le3n

simplemente funciona o no (correctamente). ¿Y un supuesto Dios?, ese Dios “barbudo” de Forges, ¿tiene dudas sobre qui3n es? ¡Dios es perfecto!, afirma la teolog3a, luego ha de saber qui3n es. Por tanto, la pregunta por la propia naturaleza (humana) pertenece a nuestra idiosincrasia y es nuestro exclusivo defecto.

Pero que la pregunta siga en pie no significa que no nos hayamos respondido. De hecho nuestro mal funcionamiento a d3a de hoy (como ya hemos insinuado) no se debe tanto a que no tengamos respuestas como a que tenemos demasiadas, algunas de ellas incompatibles, pudiendo dar lugar, como enseguida veremos, a graves “disfunciones”. Para aclarar esta circunstancia, hagamos antes un breve repaso a las respuestas que hemos pensado.

Comenzamos por considerarnos una criatura inferior a Dios, aunque superior a todas las dem3s, la criatura elegida, como sigue diciendo a3n hoy la religi3n. Sin embargo, a medida que indag3bamos a nuestro alrededor, parad3jicamente nos fuimos sintiendo menos especiales: nuestro mundo se manifest3 semejante a otros mundos (cuando la Tierra se convirti3 en un planeta m3s con Cop3rnico); nos descubrimos mucho m3s cercanos a los dem3s seres vivos (desde Darwin); incluso nuestra composici3n f3sico-qu3mica no es fundamentalmente diferente del resto de la materia (la vida, y dentro de ella la humana, no alberga elementos dr3sticamente exclusivos). As3 hoy tenemos dificultades para citar algo que, sin matices, nos distinga; ni siquiera el lenguaje, el pensamiento, la conciencia o el comportamiento moral², aunque es cierto que todas estas diferencias se inscriben en el que parece reducto 3ltimo de nuestra exclusiva naturaleza, el cerebro humano, la entidad m3s compleja con que nos hemos topado. Sin embargo, a pesar de 3l, no hemos averiguado lo que esper3bamos y a3n algunos esperan: una diferencia especial y delimitadora. El debate ha cambiado radicalmente. Me atrever3a a decir que la naturaleza humana se ha ido devaluando, limit3ndose hoy a la siguiente cuesti3n que podr3amos llamar menor: ¿posee el ser humano alguna caracter3stica, sin matices, exclusiva?. De sentirnos diferentes y especiales queriendo saber por qu3 a sentirnos in-diferentes y querer sabernos diferentes. La pregunta se vuelve hasta capciosa.

Permitidme hacer un par3ntesis para no perder parte de la audiencia. Soy consciente de que estas reflexiones a3n siendo filos3ficas, y sin eludir la religi3n, finalmente est3n

² Si no es as3, ¿c3mo explicar el proyecto Great Ape (Gran simio en espa3ol) o la lucha de algunos intelectuales en favor del reconocimiento de algunos derechos b3sicos para los simios m3s cercanos a nosotros?.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

vertebradas por los avances científicos. Expresado en otros términos, partimos de la premisa de que “ser humano” es pertenecer a la especie “Homo sapiens-sapiens”. No obstante, seguro que alguien en la sala, y mucha gente fuera de ella, pensará que es una visión sesgada, pues hoy, de nuevo, retorna una visión religiosa, que rechaza por inadecuadas, o minimiza, las aportaciones científicas a tal cuestión³. Ante tal posible crítica he de matizar que no se está optando aquí por una actitud completamente materialista o exclusivamente natural del ser humano como se verá enseguida; al contrario, sería insuficiente una explicación que no contuviera lo “espiritual” o aquello que está más allá de la pura física⁴. Pero por otro lado supondría un retroceso respecto a nuestro autoconocimiento, una explicación filosófica que ignorara los hitos fundamentales y los últimos descubrimientos científicos relacionados con la especie. Si estoy equivocado, en todo caso tal discrepancia es una muestra más de lo que venimos diciendo: no tenemos una idea consensuada de nuestra naturaleza, lo cual, dicho sea de paso, sería hasta enriquecedor si no fuera porque algunos son capaces de aniquilar para imponer una concepción exclusiva. Nuestro funcionamiento a veces es pésimo. Fin del paréntesis.

Por tanto, decíamos, no parece razonable seguir tal reflexión sin las aportaciones de la ciencia. Insisto en que es incuestionable lo que nos ha aportado acerca de nuestra naturaleza. Permitidme algunos detalles, conocidos pero no por ello obvios en su significado. Hemos avanzado muchísimo en el conocimiento de nuestro organismo (cuerpo): somos capaces ya de reemplazar órganos fundamentales (el corazón, el hígado, brazos, manos...) incluso algo tan personal como la cara, reflejo de nuestros sentimientos y emociones, “el espejo del alma” del que habla el dicho popular. Es cierto que todavía estamos lejos de poder trasplantar un cerebro, pero ya somos capaces de “leerlo” parcialmente⁵. Somos capaces de producir un congénere en una probeta, y estamos a un paso de conseguir réplicas humanas a partir de una célula humana

³ Estuvo de actualidad a principios de año la llegada de la teoría del “Diseño Inteligente” a nuestras universidades, procedente de corrientes creacionistas muy extendidas en EEUU.

⁴ Incluso desde el ámbito de la ciencia biológica más materialista, se admite la religiosidad como parte de la naturaleza humana pues así lo han revelado varios experimentos de neurobiología. No obstante afirman que es resultado de la evolución y que está inscrita biológicamente en el cerebro. Véase por ejemplo Neurocultura de Francisco Mora. Alianza, Madrid, 2007.

⁵ “Hoy ya es posible saber, utilizando registros de resonancia magnética funcional muy sensibles, si una persona está pensando, por ejemplo, en personas y caras o en casas y edificios. Y también se puede conocer, con cierta aproximación muy significativa, si esas caras o esos edificios le gustan o le disgustan (...) Y esto sólo en lo referente al sistema sensorial. En lo referente al sistema motor ya conocíamos, con sólo mirar los registros de imagen del cerebro, qué parte del cuerpo está moviendo un individuo e incluso qué dedo de la mano y si es de la derecha o la izquierda.” Mora. F. Neurociencia (p.100).

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

cualquiera. Donde no son posibles los trasplantes dominamos la tecnología de tal forma que podemos sustituirlos por ingenios artificiales: marcapasos, piezas óseas de titanio, miembros biónicos, sentidos artificiales (vista, oído...) ⁶. Es tal el conocimiento que tenemos que existen ya androides que replican artificialmente varias de las funciones humanas: los propios sentidos, el bipedismo, las expresiones faciales (tristeza, alegría...) habiendo sido algunas de ellas ya superadas, cuando se suponían exclusivas. Existen ordenadores capaces de efectuar cálculos matemáticos más complejos de los que puede resolver la mayoría de los seres humanos y mucho más rápidamente ⁷. En los últimos años, hemos desentrañado el cerebro más de lo que parece: conocemos ya los fundamentos neurobiológicos de algunas emociones humanas decisivas, la agresividad o el placer ⁸ entre otras; en definitiva, estamos “tocando” lo intangible, el alma humana. No parece descabellado señalar que sabemos mucho de nosotros mismos por lo que en comparación es extraño que, según dice Forges, funcionemos bastante mal. Como solemos decir a nuestros alumnos de primero de bachillerato, parece que el progreso científico-técnico no ha ido acompañado por su correspondiente progreso moral y quizás tampoco político ⁹.

Una vez más hemos de plantearnos el porqué. ¿A qué se debe que no haya habido ese progreso moral-político? Desde la ciencia la respuesta es clara: en dichos ámbitos aún no ha habido suficiente progreso científico. Lo mismo dicen algunos filósofos. J. A. Marina en su famoso Prólogo para linceos ¹⁰ (al menos para los profes de secundaria) tras superponer la importancia de la ética a las matemáticas o la física escribe sobre ella:

⁶ En el momento de tener que entregar este escrito aparece un reportaje en “El País” (17-02-08) titulado “Homo biónicas. La próxima evolución” donde se hace un repaso de los últimos y espectaculares avances en este campo.

⁷ En 1997, hace ya diez años, Deep Blue derrotó al campeón del mundo de ajedrez, Kasparov. ¿Tendrá relevancia histórica tal hecho en un futuro?.

⁸ Sin entrar en detalles, está admitida ya la importancia del neurotransmisor dopamina en la sensación de bienestar y la fenitilamina, también llamada molécula del amor, en los enamoramientos. Asimismo hay una relación directa de la oxitocina con la ternura y las relaciones sociales duraderas.

⁹ A pesar de la universalización de la democracia, que podría ser argüido como prueba de progreso moral-político, o los derechos humanos, dos guerras mundiales en el siglo XX y millones de muertos comprometen seriamente tal optimismo y parecen prueba clara de un “funcionamiento defectuoso”.

¹⁰ Perspectivas: Vida moral y reflexión ética Varios autores, Laberinto, Madrid, 1996. Por contra, por citar otro autor relevante, Fernando Savater, a pesar de que no es su terreno preferido, parece no compartir estas ideas a juzgar por un reciente artículo de “El País” (07-02-08). Cito: “*Cierta tendencia cientifista -que no científica- contemporánea aspira a relativizar todas aquellas apreciaciones éticas que no pueden ser sustentadas en fundamentos biológicos o neurológicos de nuestra especie. Incluso en ciertos casos, algunos epígonos poco perspicaces de la psicología evolutiva tratan de convencernos de lo inútil que es la indignación moral (o incluso, lo que es peor, la educación) frente a prácticas seculares como la violación o la agresividad contra el extraño, puesto que fueron estrategias útiles a la especie adquiridas definitivamente en los difíciles y largos eones de la Edad de Piedra.*” Savater incluso llega a

III Olimpiada filos3fica de Castilla y Le3n

“No es un conocimiento sencillo, por eso es s3lo apto para lince. Es una ciencia de gran complejidad, que debe aprovechar los resultados de muchas otras ciencias. La 3tica debe saber c3mo funciona la inteligencia humana, cu3l es la textura de nuestros deseos y sentimientos,; averiguar los mecanismos de la acci3n voluntaria.”

As3 pues, cuando descubramos las claves cient3ficas de la 3tica y la pol3tica mejoraremos nuestro comportamiento y al mismo tiempo habremos completado nuestra naturaleza. Seremos capaces, entre otras cosas, de controlar la agresividad y fomentar el placer y ¿la felicidad?

El objetivo es por tanto claro y loable. De hecho disciplinas muy recientes como la neurolog3a o la ingenier3a gen3tica empiezan a obtener resultados. Entre los nuestros, Francisco Mora, un importante cient3fico, profesor en varias universidades, es uno de los muchos partidarios de esta tendencia. Permitidme citar un art3culo de hace un par de a3os especialmente significativo. Afirmaba en 3l que en EEUU en algunos juicios, en particular a adolescentes, para su consideraci3n moral se tienen ya en cuenta conocimientos procedentes de dicha disciplina. Y ello es propio de pa3ses civilizados, pues, por ejemplo, hab3a ayudado a abolir la pena de muerte para los disminuidos ps3quicos. Y afirma:

“Desde hace bastantes a3os vengo se3alando que los conocimientos que proporciona la Neurociencia cambiar3n la percepci3n que tenemos de nosotros mismos y todo cuanto nos rodea, incluyendo no s3lo la sociolog3a, psicolog3a y filosof3a sino el arte, la 3tica, la religi3n y tambi3n y desde luego la jurisprudencia. Cierto que en estos momentos los datos cient3ficos no se pueden poner encima de la mesa para persuadir a los tribunales en ninguna direcci3n pero s3 para proporcionarles conocimientos e informaci3n a considerar.”¹¹

Ni que decir tiene que est3 fuera de toda duda que los disminuidos ps3quicos han de estar excluidos de cierta responsabilidad moral y que han de ser protegidos, pero ¿ha de

defender a M. Sendel autor de Contra la perfecci3n, libro muy cr3tico con la mejora gen3tica del ser humano (eugenesia) a pesar de ser un autor af3n a la religi3n, cuesti3n que sabemos bastante alejada del espa3ol.

¹¹ Mora, Francisco en “El cultural” (20-01-05), suplemento de “El mundo”. Su libro ya citado, Neurocultura, desarrolla tal postura. “De hecho, perm3tanme el inciso, ya se pod3an utilizar t3cnicas, de modo similar a como se hace con la medida del ADN o las huellas digitales, para demostrar no s3lo si hay lesiones o patolog3as del cerebro, sino incluso para conocer los ocultamientos mentales de las personas en casos claros de su implicaci3n en causas criminales. Esto 3ltimo, sin embargo, encuentra enormes barreras legales en tanto que violar3a los derechos que permiten a una persona no incriminarse o culparse a s3 misma y, en cualquier caso, transgredir el derecho a la intimidad”. (p.28). Otro ensayista relevante, premio Espasa de ensayo, Luis Racionero en El progreso decadente del a3o 2000 tambi3n asume un planteamiento similar.

Jacinto S3nchez (IES Adaja) El ser humano... eso no puede funcionar nunca

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

fundamentarse prioritariamente en un conocimiento biológico, científico?. El propio Francisco Mora inmediatamente antes del texto que os he leído escribía: “...aun cuando la ciencia debe siempre tenerse en cuenta es peligroso utilizarla para ayudar a establecer posicionamientos esencialmente morales”.

No dudo, no creo que nadie lo haga, que evitar un asesinato mediante la administración de tranquilizantes (conocimiento científico) sea incuestionable, como atajar la agresividad y la depresión de un individuo mediante fármacos o cirugía, o incluso seleccionar genéticamente un embrión para librarlo de una enfermedad genética incurable, pero y un posible control genético de la agresividad a nivel de especie ¿sigue siendo indiscutible? ¿Dónde está el límite?¹². Lo que aquí se plantea es que tal pregunta tiene ya más sentido del que parece. “La búsqueda científica del alma”¹³, un conocimiento radical de la base neurobiológica (cerebral) de la conducta, estaría más cerca de lo que creemos y con él la explicación última de nuestro comportamiento y el final de la ética y la política; en resumen, las piezas que completan la naturaleza humana y la causa primera de nuestro mal funcionamiento¹⁴. Pero si se alcanza tal objetivo, ¿no habremos perdido por el camino al ser humano? Más allá de cierto umbral, mejorar científicamente nuestro comportamiento ético-político ¿no conlleva una intromisión radical en la dignidad humana? Expresado de otra forma, si encontramos el sustrato

¹² En una entrevista en “El país” (1-10-2007) a Carlos Belmonte, director del Instituto de Neurociencias de Alicante éste afirmaba: “Los problemas éticos que plantea la capacidad de analizar la actividad del cerebro vinculada a conductas, o la capacidad de modular desde fuera esa actividad cerebral, de encender o apagar genes, la neuro-estimulación, son importantes. Se podría llegar a descubrir cómo es el cerebro de un maltratador, por ejemplo, y entonces ¿Estaría bien tratarle para que no llegue a serlo? ¿Hasta dónde podemos llegar? Se van a plantear debates muy serios, y vamos a una velocidad espeluznante.” En el cine “Alguien voló sobre el nido del cuco” o “La naranja mecánica” no son ya psicología-ficción. A modo de ejemplos, después de escribir esto, apareció otro artículo (23,01,08) en el que se menciona explícitamente un gen directamente relacionado con la violencia.

¹³ Título de un famoso libro de Crick, descubridor junto a Watson del ADN. “Lo que también está haciendo ya la neurociencia es ayudar a detectar aspectos funcionales del cerebro antes imposibles de detectar, que bien pudieran ser causa de ciertas conductas antisociales. Por ejemplo, imágenes funcionales del cerebro de muchas personas convictas de haber cometido un crimen sugieren que en estos individuos existe una disfunción de los lóbulos frontales y temporales. En tomografías por emisión de positrones (PET) se ha mostrado una clara asociación entre el metabolismo reducido en la corteza prefrontal y una historia de conducta violenta repetitiva, agresión y asesinato.” Mora, obra citada (p. 97).

¹⁴ Si se conocen las causas neurobiológicas de nuestro comportamiento, sabremos qué es el bien y el mal, la felicidad (ética) y la mejor forma de organizar el poder (política). Y podremos obtenerlos científicamente. Cito por lo elocuente, una vez más a F. Mora: “Y es que efectivamente, en su charla el profesor Morse refería a la neurociencia en tanto que ésta ya posee conocimientos acerca de cómo, en el cerebro, se organizan las acciones, cómo ciertas áreas cerebrales operan para organizar las emociones y los razonamientos éticos y cómo, además, se adentra en conocer la dinámica cerebral en relación con la culpabilidad, el control cognitivo y la intencionalidad.” (p. 96). Con una analogía informática que considero iluminadora: el software humano estaría consiguiendo controlar el hardware, y éste, a su vez, completaría el dominio del software.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

neurobiológico de conceptos éticos como la voluntad¹⁵ y podemos manipularla, ¿no estaremos desfigurando la libertad? Y si es así: ¿seguiremos siendo humanos?. ¿Diluir la libertad en física y química no implica erradicar nuestra naturaleza?.

Insisto, la tesis defendida aquí es que tal proceso puede haber comenzado, aunque nos falta perspectiva histórica para comprenderlo (los árboles no nos dejan ver el bosque)¹⁶. Quizás en alguno de los todavía denominados “avances” científicos (mejoras) aludidos en esta exposición hayamos cruzado la frontera; de forma quirúrgica, farmacológica, genética en definitiva tecnológica o artificialmente se habría producido un salto cualitativo. Y si esto es cierto, para centrarnos de nuevo ¿no sabemos ya qué nos hace humanos? Es evidente que no en la teoría, pues lo estamos discutiendo, pero si lo parece en la práctica. Esa es la forma de proceder de las ciencias “exactas”: no hay respuesta teórica, sino resultados; ¡funcional!. Si estamos en lo cierto, la pregunta por la naturaleza humana habría caducado y la interesante sería: ¿somos aún humanos? Desde otra perspectiva, en términos puramente biológico-evolutivos, que no excluye los filosóficos, ¿no ha habido ya cambios tan importantes como los que nos alejaron del Neandertal, al que consideramos no humano?.

Mi conjetura así es ésta: la ciencia domina ya al ser humano. Digo domina más que conoce, pues está bastante admitido que cuando la ciencia conoce, domina, lo cual dibuja un panorama inquietante. José Luis Pardo, un profe de la Facultad de Filosofía de la Complutense de Madrid, en un libro no relacionado directamente con esta cuestión, “*La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*” sugiere que:

“...el día en que la actividad de transformación técnica de la naturaleza –incluida la propia naturaleza humana –haya terminado, ese día ya no habrá hombres.”¹⁷

No quiero terminar sin volver al principio, a Borges, para concluir de forma pesimista pero no menos realista, que a pesar de las noticias que llenan los periódicos, dicho sea sin frivolidad, sospecho que no parece buena idea que la ética o la política acaben engullidas por las ciencias “naturales”. Más allá de cierto límite, no creo que nos

¹⁵ En palomas y en ratas, estas últimas mamíferos como nosotros, es decir, con una estructura cerebral análoga a pesar de las diferencias, se ha conseguido ya controlar su voluntad interviniendo directamente en su cerebro al ser capaces de dirigirlos hacia un objetivo específico predeterminado. (“El país”, 03-05-02 y 27-02-2007).

¹⁶ Algunos indicios. Antes hablábamos de derechos éticos para simios. Si es difícil de aceptar, más absurdo parecerá el código ético que Corea del Sur prepara para regular la relación entre robots y humanos (“El País”, 07,03,07). Y no digamos la inclusión de los robots dentro del árbol de la vida, a propuesta del artista portugués Leonel Moura (www.leonelmoura.com).

¹⁷ Pardo, José Luis. *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004. (p.434). Premio Nacional de ensayo 2005.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

ayuden a funcionar mejor o si fuera el caso no considero adecuado un perfeccionamiento ilimitado de nuestra conducta, lo cual no es nada original pues es un recelo común a utopías futuristas tanto literarias como de la gran pantalla: Walden dos, 1984, Matrix, Yo robot o el mismo Frankenstein¹⁸... Y no se dice esto desde una postura religiosa o un fundamentalismo anticientífico; ni siquiera desde el conservadurismo (neocon) tan de moda, o incluso desde un egoísmo antropocéntrico, sino para prevenir posibles atrocidades a nivel de especie¹⁹. Si las mejoras científicas llegan a suplantar a la ética y la política parecen factibles dos posibilidades: la superación de la especie o su autocontrol, ambas con cierto olor a totalitarismo-fascismo. Y ese sería el fin de la naturaleza humana, y también su final. Más que de nuestra naturaleza, de dónde venimos, es urgente plantearnos a dónde vamos, aunque soy realista (quiero decir pesimista) y dudo mucho que tal pregunta pueda encontrar algún eco en un mundo en el que tecnociencia, capitalismo y bienestar son indisolubles.

Ahora sí acabo, con un poco de humor si puede ser. Unas viñetas añadidas a la de Forges, (gracias a mi cuñada Ana), a modo de resumen y en tono tragicómico, porque

¹⁸ Aunque requeriría un estudio más serio, no parece casualidad que las utopías sociales antiguas sean optimistas (Platón, Bacon, Moro...) mientras que las actuales, con trasfondo científico, son profundamente pesimistas. Aunque no todas... *“En lo social, nuevas técnicas de registro e imagen cerebral están alcanzando cotas de alto calado, tanto como para desafiar principios básicos de convivencia social, como la privacidad y la intimidad del individuo. Imaginemos por un instante que fuéramos capaces de alcanzar técnicas que nos permitieran leer el pensamiento de los demás y predecir su conducta, tanto inmediata como futura. ¿A qué nos conduciría esto? ¿Qué ocurriría si todo el mundo pudiese sobrepasar las barreras de contención de nuestra corteza prefrontal y conocer el loco que todos llevamos dentro? Incluso aunque estas técnicas sólo se aplicaran en un juicio penal, ¿en qué casos se podrían aplicar contra la voluntad del inculpaado para saber si dice la verdad y emitir con ellos una sentencia acorde? ¿Podrían esos conocimientos cambiar nuestra actual concepción de la responsabilidad, en el caso de conductas antisociales? ¿Qué es ser normal? ¿Podríamos encontrar algún día patrones de actividad cerebral claros que diferenciaran, como dice Churchland, aquellos que están bajo control de aquellos que no lo están? Sin duda, sería de un valor inestimable para el derecho y la jurisprudencia. Dice Churchland: A largo plazo sospecho que seremos capaces de encontrar vías altamente sofisticadas para distinguir un cerebro que está bajo control y un cerebro que está fuera de control.”* Esta cita no es de “Un mundo feliz” (1932) de A. Huxley, ni de “Minority report” (2002, Steven Spielberg), sino del libro ya citado de Francisco Mora, (p.155) y sirve como complemento a la nota 10. A pesar de lo acertado de sus reflexiones, personalmente no puedo evitar cierto estremecimiento ante el optimismo de sus conclusiones, aunque el autor se distancia explícitamente del “mundo feliz” de Huxley (p.57).

¹⁹ El artículo ya citado de “El País” (nota 6) (17-02-08), termina con la siguiente reflexión de la periodista: *“¿Es eso mejorar la especie humana? ¿Habría que poner algún tipo de límite a todas estas mejoras? (como la no admisión de Pistorius en Pekín). Algunos, mirando lejos, han alertado de la posibilidad de que la especie humana se escinda: biónicos, frente a cien por cien orgánicos. Pero echen un vistazo a las prótesis que usan en la mayor parte del mundo los amputados por minas antipersona y compárenlas con las que se fabrican, por ejemplo, en el MIT. ¿Realmente hay que mirar tan lejos para ver una escisión en la especie?”*. Para más información sobre esta cuestión recomiendo la polémica Habermas-Sloterdijk a propósito de la conferencia de este último titulada “El parque humano” así como la obra de Jesús Mosterín La naturaleza humana y la de Fukuyama El fin del hombre: las consecuencias de la revolución tecnológica.

III Olimpiada filos3fica de Castilla y Le3n

como bien sabía Plat3n a veces un mito, una imagen, puede sugerir m3s que una detallada explicaci3n . Si adem3s va acompa3ada de la m3sica de Strauss (de su “Así habl3 Zaratustra”) no por casualidad banda sonora de “2001 Una odisea en el espacio” de Kubrick, mucho mejor.





...o el fin de la naturaleza humana

Pensando en la propuesta de esta Olimpiada, en si es posible aún contribuci3n alguna a la cuesti3n de la naturaleza humana, este chiste de Forges me hizo una sugerencia en apariencia desenfadada: “eso es lo que no puede funcionar bien nunca”. Y ¿qu3 significa tal afirmaci3n? Viniendo de un humorista gr3fico no parece que sea difcíl de entender. Es suficiente con hojear los diarios. Si clasific3semos como buenas o malas todas las noticias que aparecen en ellos, creo que pocos dud3ríamos de que ganarían por abrumadora mayoría las que llamamos malas noticias: asesinatos, guerras, robos,

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

maltratos... Así pues estaríamos de acuerdo con Forges: “Menuda chorrada es el ser humano”.

Pero somos humanos, curiosos, y surge la pregunta: ¿Por qué no funcionamos bien? ¿Dónde está el defecto de nuestro diseño?

De entrada hay que decir que el verbo funcionar no parece adecuado para calificar al ser humano, puesto que se aplica sobre todo a artefactos (aquello hecho con arte, es decir, fabricado). No obstante es una buena analogía: un artefacto (o un ser vivo según admite el propio diccionario de la R.A.E.) funciona bien cuando realiza su función; por tanto funciona mal cuando no lo hace, es decir, cuando no hace aquello que tiene que hacer. ¿Y qué tiene que hacer un ser humano? O formulado filosóficamente ¿Qué significa *comportarse bien*? Pues ahí comienzan los problemas: no parece que lo tengamos claro. Para nuestra época, habría que matizar: no nos ponemos de acuerdo en lo que tenemos que hacer.

Para los recién llegados a la filosofía, estamos en el plano de la acción (ética y política, diría Aristóteles); no obstante, la analogía sigue teniendo sentido al acercarnos a la raíz del problema, entre la metafísica y la epistemología: si no se hace lo que se tiene que hacer, o si no se sabe (pues más bien parece este el caso), ¿no implica ello alguna inconsistencia en nuestra naturaleza original, en nuestra esencia? Pongamos un ejemplo que lo simplifique.

¿Os imagináis lo raro que resultaría un ratón parlante, que riera, llorara, amara, que jugara al fútbol...? ¡Pues claro, hay multitud de ejemplos!, diréis. Debido al proceso de antropomorfización de la realidad que hemos realizado tenemos a Mickey, Stuart Little y otros varios, como bien sabemos los que tenemos niños pequeños. Pero más allá de la ficción, no nos resultarían más que graciosos ¿desconcertantes? En todo caso no harían lo que tienen que hacer y de ahí deduciríamos que no son lo que tienen que ser¹. En otras palabras, volviendo a nuestro tema, el problema radical del hombre es su propia naturaleza, que no se conoce a sí mismo (no ha tenido el gusto de presentarse).

Dicha falta se manifiesta en que es precisamente la única entidad que se autocuestiona, la única criatura que se pregunta por su propia naturaleza. No imaginamos “bicho” vivo alguno preguntándose quién es. No hay nada en el universo, natural o artificial, que haga algo parecido, al menos que sepamos. Una máquina

¹ En el clásico programa de divulgación científica Redes, en una reposición de hace un par de meses, Dennet un reputado filósofo norteamericano, afirmaba precisamente que “un león que hablara no sería un león”.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

electrónica procesadora de información de última generación, a pesar de realizar tareas intelectuales tradicionalmente reservadas al ser humano no se hace esta pregunta; simplemente funciona o no (correctamente). ¿Y un supuesto Dios?, ese Dios “barbudo” de Forges, ¿tiene dudas sobre quién es? ¡Dios es perfecto!, afirma la teología, luego ha de saber quién es. Por tanto, la pregunta por la propia naturaleza (humana) pertenece a nuestra idiosincrasia y es nuestro exclusivo defecto.

Pero que la pregunta siga en pie no significa que no nos hayamos respondido. De hecho nuestro mal funcionamiento a día de hoy (como ya hemos insinuado) no se debe tanto a que no tengamos respuestas como a que tenemos demasiadas, algunas de ellas incompatibles, pudiendo dar lugar, como enseguida veremos, a graves “disfunciones”. Para aclarar esta circunstancia, hagamos antes un breve repaso a las respuestas que hemos pensado.

Comenzamos por considerarnos una criatura inferior a Dios, aunque superior a todas las demás, la criatura elegida, como sigue diciendo aún hoy la religión. Sin embargo, a medida que indagábamos a nuestro alrededor, paradójicamente nos fuimos sintiendo menos especiales: nuestro mundo se manifestó semejante a otros mundos (cuando la Tierra se convirtió en un planeta más con Copérnico); nos descubrimos mucho más cercanos a los demás seres vivos (desde Darwin); incluso nuestra composición físico-química no es fundamentalmente diferente del resto de la materia (la vida, y dentro de ella la humana, no alberga elementos drásticamente exclusivos). Así hoy tenemos dificultades para citar algo que, sin matices, nos distinga; ni siquiera el lenguaje, el pensamiento, la conciencia o el comportamiento moral², aunque es cierto que todas estas diferencias se inscriben en el que parece reducto último de nuestra exclusiva naturaleza, el cerebro humano, la entidad más compleja con que nos hemos topado. Sin embargo, a pesar de él, no hemos averiguado lo que esperábamos y aún algunos esperan: una diferencia especial y delimitadora. El debate ha cambiado radicalmente. Me atrevería a decir que la naturaleza humana se ha ido devaluando, limitándose hoy a la siguiente cuestión que podríamos llamar menor: ¿posee el ser humano alguna característica, sin matices, exclusiva?. De sentirnos diferentes y especiales queriendo saber por qué a sentirnos in-diferentes y querer sabernos diferentes. La pregunta se vuelve hasta capciosa.

² Si no es así, ¿cómo explicar el proyecto Great Ape (Gran simio en español) o la lucha de algunos intelectuales en favor del reconocimiento de algunos derechos básicos para los simios más cercanos a nosotros?.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Permitidme hacer un paréntesis para no perder parte de la audiencia. Soy consciente de que estas reflexiones aún siendo filosóficas, y sin eludir la religión, finalmente están vertebradas por los avances científicos. Expresado en otros términos, partimos de la premisa de que “ser humano” es pertenecer a la especie “Homo sapiens-sapiens”. No obstante, seguro que alguien en la sala, y mucha gente fuera de ella, pensará que es una visión sesgada, pues hoy, de nuevo, retorna una visión religiosa, que rechaza por inadecuadas, o minimiza, las aportaciones científicas a tal cuestión³. Ante tal posible crítica he de matizar que no se está optando aquí por una actitud completamente materialista o exclusivamente natural del ser humano como se verá enseguida; al contrario, sería insuficiente una explicación que no contuviera lo “espiritual” o aquello que está más allá de la pura física⁴. Pero por otro lado supondría un retroceso respecto a nuestro autoconocimiento, una explicación filosófica que ignorara los hitos fundamentales y los últimos descubrimientos científicos relacionados con la especie. Si estoy equivocado, en todo caso tal discrepancia es una muestra más de lo que venimos diciendo: no tenemos una idea consensuada de nuestra naturaleza, lo cual, dicho sea de paso, sería hasta enriquecedor si no fuera porque algunos son capaces de aniquilar para imponer una concepción exclusiva. Nuestro funcionamiento a veces es pésimo. Fin del paréntesis.

Por tanto, decíamos, no parece razonable seguir tal reflexión sin las aportaciones de la ciencia. Insisto en que es incuestionable lo que nos ha aportado acerca de nuestra naturaleza. Permitidme algunos detalles, conocidos pero no por ello obvios en su significado. Hemos avanzado muchísimo en el conocimiento de nuestro organismo (cuerpo): somos capaces ya de reemplazar órganos fundamentales (el corazón, el hígado, brazos, manos...) incluso algo tan personal como la cara, reflejo de nuestros sentimientos y emociones, “el espejo del alma” del que habla el dicho popular. Es cierto que todavía estamos lejos de poder trasplantar un cerebro, pero ya somos capaces de “leerlo” parcialmente⁵. Somos capaces de producir un congénere en una probeta, y

³ Estuvo de actualidad a principios de año la llegada de la teoría del “Diseño Inteligente” a nuestras universidades, procedente de corrientes creacionistas muy extendidas en EEUU.

⁴ Incluso desde el ámbito de la ciencia biológica más materialista, se admite la religiosidad como parte de la naturaleza humana pues así lo han revelado varios experimentos de neurobiología. No obstante afirman que es resultado de la evolución y que está inscrita biológicamente en el cerebro. Véase por ejemplo *Neurocultura* de Francisco Mora. Alianza, Madrid, 2007.

⁵ *“Hoy ya es posible saber, utilizando registros de resonancia magnética funcional muy sensibles, si una persona está pensando, por ejemplo, en personas y caras o en casas y edificios. Y también se puede conocer, con cierta aproximación muy significativa, si esas caras o esos edificios le gustan o le disgustan*

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

estamos a un paso de conseguir réplicas humanas a partir de una célula humana cualquiera. Donde no son posibles los trasplantes dominamos la tecnología de tal forma que podemos sustituirlos por ingenios artificiales: marcapasos, piezas óseas de titanio, miembros biónicos, sentidos artificiales (vista, oído...) ⁶. Es tal el conocimiento que tenemos que existen ya androides que replican artificialmente varias de las funciones humanas: los propios sentidos, el bipedismo, las expresiones faciales (tristeza, alegría...) habiendo sido algunas de ellas ya superadas, cuando se suponían exclusivas. Existen ordenadores capaces de efectuar cálculos matemáticos más complejos de los que puede resolver la mayoría de los seres humanos y mucho más rápidamente ⁷. En los últimos años, hemos desentrañado el cerebro más de lo que parece: conocemos ya los fundamentos neurobiológicos de algunas emociones humanas decisivas, la agresividad o el placer ⁸ entre otras; en definitiva, estamos “tocando” lo intangible, el alma humana. No parece descabellado señalar que sabemos mucho de nosotros mismos por lo que en comparación es extraño que, según dice Forges, funcionemos bastante mal. Como solemos decir a nuestros alumnos de primero de bachillerato, parece que el progreso científico-técnico no ha ido acompañado por su correspondiente progreso moral y quizás tampoco político ⁹.

Una vez más hemos de plantearnos el porqué. ¿A qué se debe que no haya habido ese progreso moral-político? Desde la ciencia la respuesta es clara: en dichos ámbitos aún no ha habido suficiente progreso científico. Lo mismo dicen algunos filósofos. J. A. Marina en su famoso Prólogo para linceos ¹⁰ (al menos para los profes de secundaria) tras superponer la importancia de la ética a las matemáticas o la física escribe sobre ella:

(...) Y esto sólo en lo referente al sistema sensorial. En lo referente al sistema motor ya conocíamos, con sólo mirar los registros de imagen del cerebro, qué parte del cuerpo está moviendo un individuo e incluso qué dedo de la mano y si es de la derecha o la izquierda.” Mora. F. Neurociencia (p.100).

⁶ En el momento de tener que entregar este escrito aparece un reportaje en “El País” (17-02-08) titulado “Homo biónicas. La próxima evolución” donde se hace un repaso de los últimos y espectaculares avances en este campo.

⁷ En 1997, hace ya diez años, Deep Blue derrotó al campeón del mundo de ajedrez, Kasparov. ¿Tendrá relevancia histórica tal hecho en un futuro?.

⁸ Sin entrar en detalles, está admitida ya la importancia del neurotransmisor dopamina en la sensación de bienestar y la fenitilamina, también llamada molécula del amor, en los enamoramientos. Asimismo hay una relación directa de la oxitocina con la ternura y las relaciones sociales duraderas.

⁹ A pesar de la universalización de la democracia, que podría ser argüido como prueba de progreso moral-político, o los derechos humanos, dos guerras mundiales en el siglo XX y millones de muertos comprometen seriamente tal optimismo y parecen prueba clara de un “funcionamiento defectuoso”.

¹⁰ Perspectivas: Vida moral y reflexión ética Varios autores, Laberinto, Madrid, 1996. Por contra, por citar otro autor relevante, Fernando Savater, a pesar de que no es su terreno preferido, parece no compartir estas ideas a juzgar por un reciente artículo de “El País” (07-02-08). Cito: “*Cierta tendencia cientifista -que no científica- contemporánea aspira a relativizar todas aquellas apreciaciones éticas que*

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

“No es un conocimiento sencillo, por eso es sólo apto para lince. Es una ciencia de gran complejidad, que debe aprovechar los resultados de muchas otras ciencias. La ética debe saber cómo funciona la inteligencia humana, cuál es la textura de nuestros deseos y sentimientos,; averiguar los mecanismos de la acción voluntaria.”

Así pues, cuando descubramos las claves científicas de la ética y la política mejoraremos nuestro comportamiento y al mismo tiempo habremos completado nuestra naturaleza. Seremos capaces, entre otras cosas, de controlar la agresividad y fomentar el placer y ¿la felicidad?.

El objetivo es por tanto claro y loable. De hecho disciplinas muy recientes como la neurología o la ingeniería genética empiezan a obtener resultados. Entre los nuestros, Francisco Mora, un importante científico, profesor en varias universidades, es uno de los muchos partidarios de esta tendencia. Permitidme citar un artículo de hace un par de años especialmente significativo. Afirmaba en él que en EEUU en algunos juicios, en particular a adolescentes, para su consideración moral se tienen ya en cuenta conocimientos procedentes de dicha disciplina. Y ello es propio de países civilizados, pues, por ejemplo, había ayudado a abolir la pena de muerte para los disminuidos psíquicos. Y afirma:

“Desde hace bastantes años vengo señalando que los conocimientos que proporciona la Neurociencia cambiarán la percepción que tenemos de nosotros mismos y todo cuanto nos rodea, incluyendo no sólo la sociología, psicología y filosofía sino el arte, la ética, la religión y también y desde luego la jurisprudencia. Cierto que en estos momentos los datos científicos no se pueden poner encima de la mesa para persuadir a los tribunales en ninguna dirección pero sí para proporcionarles conocimientos e información a considerar.”¹¹

no pueden ser sustentadas en fundamentos biológicos o neurológicos de nuestra especie. Incluso en ciertos casos, algunos epígonos poco perspicaces de la psicología evolutiva tratan de convencernos de lo inútil que es la indignación moral (o incluso, lo que es peor, la educación) frente a prácticas seculares como la violación o la agresividad contra el extraño, puesto que fueron estrategias útiles a la especie adquiridas definitivamente en los difíciles y largos eones de la Edad de Piedra.” Savater incluso llega a defender a M. Sendel autor de Contra la perfección, libro muy crítico con la mejora genética del ser humano (eugenesia) a pesar de ser un autor afín a la religión, cuestión que sabemos bastante alejada del español.

¹¹ Mora, Francisco en “El cultural” (20-01-05), suplemento de “El mundo”. Su libro ya citado, Neurocultura, desarrolla tal postura. *“De hecho, permítanme el inciso, ya se podrían utilizar técnicas, de modo similar a como se hace con la medida del ADN o las huellas digitales, para demostrar no sólo si hay lesiones o patologías del cerebro, sino incluso para conocer los ocultamientos mentales de las personas en casos claros de su implicación en causas criminales. Esto último, sin embargo, encuentra enormes barreras legales en tanto que violaría los derechos que permiten a una persona no incriminarse o culpase a sí misma y, en cualquier caso, transgredir el derecho a la intimidad”*. (p.28). Otro ensayista

Jacinto Sánchez (IES Adaja) El ser humano... eso no puede funcionar nunca

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

Ni que decir tiene que está fuera de toda duda que los disminuidos psíquicos han de estar excluidos de cierta responsabilidad moral y que han de ser protegidos, pero ¿ha de fundamentarse prioritariamente en un conocimiento biológico, científico?. El propio Francisco Mora inmediatamente antes del texto que os he leído escribía: “...*aun cuando la ciencia debe siempre tenerse en cuenta es peligroso utilizarla para ayudar a establecer posicionamientos esencialmente morales*”.

No dudo, no creo que nadie lo haga, que evitar un asesinato mediante la administración de tranquilizantes (conocimiento científico) sea incuestionable, como atajar la agresividad y la depresión de un individuo mediante fármacos o cirugía, o incluso seleccionar genéticamente un embrión para librarlo de una enfermedad genética incurable, pero y un posible control genético de la agresividad a nivel de especie ¿sigue siendo indiscutible? ¿Dónde está el límite?¹². Lo que aquí se plantea es que tal pregunta tiene ya más sentido del que parece. “La búsqueda científica del alma”¹³, un conocimiento radical de la base neurobiológica (cerebral) de la conducta, estaría más cerca de lo que creemos y con él la explicación última de nuestro comportamiento y el final de la ética y la política; en resumen, las piezas que completan la naturaleza humana y la causa primera de nuestro mal funcionamiento¹⁴. Pero si se alcanza tal objetivo, ¿no

relevante, premio Espasa de ensayo, Luis Racionero en El progreso decadente del año 2000 también asume un planteamiento similar.

¹² En una entrevista en “El país” (1-10-2007) a Carlos Belmonte, director del Instituto de Neurociencias de Alicante éste afirmaba: “*Los problemas éticos que plantea la capacidad de analizar la actividad del cerebro vinculada a conductas, o la capacidad de modular desde fuera esa actividad cerebral, de encender o apagar genes, la neuro-estimulación, son importantes. Se podría llegar a descubrir cómo es el cerebro de un maltratador, por ejemplo, y entonces ¿Estaría bien tratarle para que no llegue a serlo? ¿Hasta dónde podemos llegar? Se van a plantear debates muy serios, y vamos a una velocidad espeluznante.*” En el cine “Alguien voló sobre el nido del cuco” o “La naranja mecánica” no son ya psicología-ficción. A modo de ejemplos, después de escribir esto, apareció otro artículo (23,01,08) en el que se menciona explícitamente un gen directamente relacionado con la violencia.

¹³ Título de un famoso libro de Crick, descubridor junto a Watson del ADN. “*Lo que también está haciendo ya la neurociencia es ayudar a detectar aspectos funcionales del cerebro antes imposibles de detectar, que bien pudieran ser causa de ciertas conductas antisociales. Por ejemplo, imágenes funcionales del cerebro de muchas personas convictas de haber cometido un crimen sugieren que en estos individuos existe una disfunción de los lóbulos frontales y temporales. En tomografías por emisión de positrones (PET) se ha mostrado una clara asociación entre el metabolismo reducido en la corteza prefrontal y una historia de conducta violenta repetitiva, agresión y asesinato.*” Mora, obra citada (p. 97).

¹⁴ Si se conocen las causas neurobiológicas de nuestro comportamiento, sabremos qué es el bien y el mal, la felicidad (ética) y la mejor forma de organizar el poder (política). Y podremos obtenerlos científicamente. Cito por lo elocuente, una vez más a F. Mora: “*Y es que efectivamente, en su charla el profesor Morse refería a la neurociencia en tanto que ésta ya posee conocimientos acerca de cómo, en el cerebro, se organizan las acciones, cómo ciertas áreas cerebrales operan para organizar las emociones y los razonamientos éticos y cómo, además, se adentra en conocer la dinámica cerebral en relación con la culpabilidad, el control cognitivo y la intencionalidad.*” (p. 96). Con una analogía informática que considero iluminadora: el software humano estaría consiguiendo controlar el hardware, y éste, a su vez, completaría el dominio del software.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

habremos perdido por el camino al ser humano? Más allá de cierto umbral, mejorar científicamente nuestro comportamiento ético-político ¿no conlleva una intromisión radical en la dignidad humana? Expresado de otra forma, si encontramos el sustrato neurobiológico de conceptos éticos como la voluntad¹⁵ y podemos manipularla, ¿no estaremos desfigurando la libertad? Y si es así: ¿seguiremos siendo humanos?. ¿Diluir la libertad en física y química no implica erradicar nuestra naturaleza?.

Insisto, la tesis defendida aquí es que tal proceso puede haber comenzado, aunque nos falta perspectiva histórica para comprenderlo (los árboles no nos dejan ver el bosque)¹⁶. Quizás en alguno de los todavía denominados “avances” científicos (mejoras) aludidos en esta exposición hayamos cruzado la frontera; de forma quirúrgica, farmacológica, genética en definitiva tecnológica o artificialmente se habría producido un salto cualitativo. Y si esto es cierto, para centrarnos de nuevo ¿no sabemos ya qué nos hace humanos? Es evidente que no en la teoría, pues lo estamos discutiendo, pero si lo parece en la práctica. Esa es la forma de proceder de las ciencias “exactas”: no hay respuesta teórica, sino resultados; ¡funciona!. Si estamos en lo cierto, la pregunta por la naturaleza humana habría caducado y la interesante sería: ¿somos aún humanos? Desde otra perspectiva, en términos puramente biológico-evolutivos, que no excluye los filosóficos, ¿no ha habido ya cambios tan importantes como los que nos alejaron del Neandertal, al que consideramos no humano?.

Mi conjetura así es ésta: la ciencia domina ya al ser humano. Digo domina más que conoce, pues está bastante admitido que cuando la ciencia conoce, domina, lo cual dibuja un panorama inquietante. José Luis Pardo, un profe de la Facultad de Filosofía de la Complutense de Madrid, en un libro no relacionado directamente con esta cuestión, “*La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*” sugiere que:

“...el día en que la actividad de transformación técnica de la naturaleza –incluida la propia naturaleza humana –haya terminado, ese día ya no habrá hombres.”¹⁷

¹⁵ En palomas y en ratas, estas últimas mamíferos como nosotros, es decir, con una estructura cerebral análoga a pesar de las diferencias, se ha conseguido ya controlar su voluntad interviniendo directamente en su cerebro al ser capaces de dirigirlos hacia un objetivo específico predeterminado. (“El país”, 03-05-02 y 27-02-2007).

¹⁶ Algunos indicios. Antes hablábamos de derechos éticos para simios. Si es difícil de aceptar, más absurdo parecerá el código ético que Corea del Sur prepara para regular la relación entre robots y humanos (“El País”, 07,03,07). Y no digamos la inclusión de los robots dentro del árbol de la vida, a propuesta del artista portugués Leonel Moura (www.leonelmoura.com).

¹⁷ Pardo, José Luis. *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*. Galaxia Gutenberg. Círculo de Lectores, Barcelona, 2004. (p.434). Premio Nacional de ensayo 2005.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

No quiero terminar sin volver al principio, a Borges, para concluir de forma pesimista pero no menos realista, que a pesar de las noticias que llenan los periódicos, dicho sea sin frivolidad, sospecho que no parece buena idea que la ética o la política acaben engullidas por las ciencias “naturales”. Más allá de cierto límite, no creo que nos ayuden a funcionar mejor o si fuera el caso no considero adecuado un perfeccionamiento ilimitado de nuestra conducta, lo cual no es nada original pues es un recelo común a utopías futuristas tanto literarias como de la gran pantalla: Walden dos, 1984, Matrix, Yo robot o el mismo Frankenstein¹⁸... Y no se dice esto desde una postura religiosa o un fundamentalismo anticientífico; ni siquiera desde el conservadurismo (neocon) tan de moda, o incluso desde un egoísmo antropocéntrico, sino para prevenir posibles atrocidades a nivel de especie¹⁹. Si las mejoras científicas llegan a suplantar a la ética y la política parecen factibles dos posibilidades: la superación de la especie o su autocontrol, ambas con cierto olor a totalitarismo-fascismo. Y ese sería el fin de la naturaleza humana, y también su final. Más que de nuestra naturaleza, de dónde venimos, es urgente plantearnos a dónde vamos, aunque soy realista (quiero decir

¹⁸ Aunque requeriría un estudio más serio, no parece casualidad que las utopías sociales antiguas sean optimistas (Platón, Bacon, Moro...) mientras que las actuales, con trasfondo científico, son profundamente pesimistas. Aunque no todas... “*En lo social, nuevas técnicas de registro e imagen cerebral están alcanzando cotas de alto calado, tanto como para desafiar principios básicos de convivencia social, como la privacidad y la intimidad del individuo. Imaginemos por un instante que fuéramos capaces de alcanzar técnicas que nos permitieran leer el pensamiento de los demás y predecir su conducta, tanto inmediata como futura. ¿A qué nos conduciría esto? ¿Qué ocurriría si todo el mundo pudiese sobrepasar las barreras de contención de nuestra corteza prefrontal y conocer el loco que todos llevamos dentro? Incluso aunque estas técnicas sólo se aplicaran en un juicio penal, ¿en qué casos se podrían aplicar contra la voluntad del inculpaado para saber si dice la verdad y emitir con ellos una sentencia acorde? ¿Podrían esos conocimientos cambiar nuestra actual concepción de la responsabilidad, en el caso de conductas antisociales? ¿Qué es ser normal? ¿Podríamos encontrar algún día patrones de actividad cerebral claros que diferenciaran, como dice Churchland, aquellos que están bajo control de aquellos que no lo están? Sin duda, sería de un valor inestimable para el derecho y la jurisprudencia. Dice Churchland: A largo plazo sospecho que seremos capaces de encontrar vías altamente sofisticadas para distinguir un cerebro que está bajo control y un cerebro que está fuera de control.*” Esta cita no es de “Un mundo feliz” (1932) de A. Huxley, ni de “Minority report” (2002, Steven Spielberg), sino del libro ya citado de Francisco Mora, (p.155) y sirve como complemento a la nota 10. A pesar de lo acertado de sus reflexiones, personalmente no puedo evitar cierto estremecimiento ante el optimismo de sus conclusiones, aunque el autor se distancia explícitamente del “mundo feliz” de Huxley (p.57).

¹⁹ El artículo ya citado de “El País” (nota 6) (17-02-08), termina con la siguiente reflexión de la periodista: “*¿Es eso mejorar la especie humana? ¿Habría que poner algún tipo de límite a todas estas mejoras? (como la no admisión de Pistorius en Pekín). Algunos, mirando lejos, han alertado de la posibilidad de que la especie humana se escinda: biónicos, frente a cien por cien orgánicos. Pero echen un vistazo a las prótesis que usan en la mayor parte del mundo los amputados por minas antipersona y compárenlas con las que se fabrican, por ejemplo, en el MIT. ¿Realmente hay que mirar tan lejos para ver una escisión en la especie?*”. Para más información sobre esta cuestión recomiendo la polémica Habermas-Sloterdijk a propósito de la conferencia de este último titulada “El parque humano” así como la obra de Jesús Mosterín La naturaleza humana y la de Fukuyama El fin del hombre: las consecuencias de la revolución tecnológica.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

pesimista) y dudo mucho que tal pregunta pueda encontrar algún eco en un mundo en el que tecnociencia, capitalismo y bienestar son indisolubles.

Ahora sí acabo, con un poco de humor si puede ser. Unas viñetas añadidas a la de Forges, (gracias a mi cuñada Ana), a modo de resumen y en tono tragicómico, porque como bien sabía Platón a veces un mito, una imagen, puede sugerir más que una detallada explicación . Si además va acompañada de la música de Strauss (de su “Así habló Zaratustra”) no por casualidad banda sonora de “2001 Una odisea en el espacio” de Kubrick, mucho mejor.

